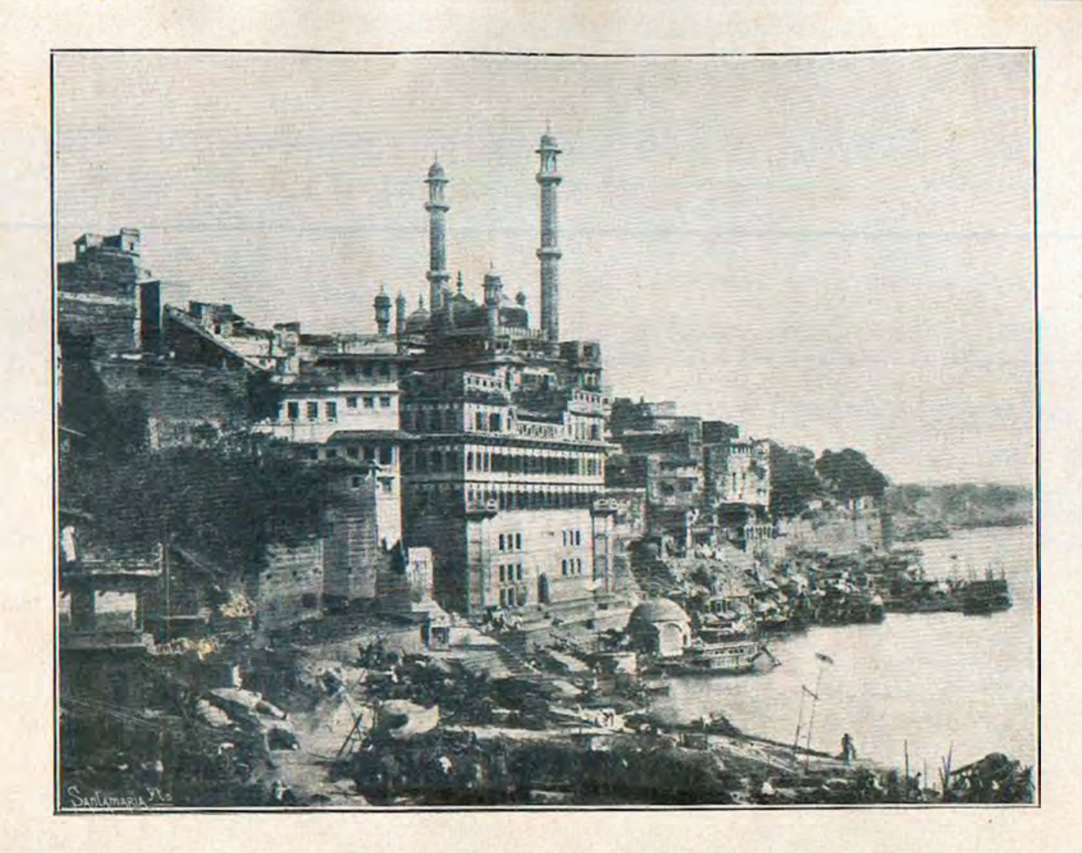


BENARES.—La Mezquita de Aurangzet y el Ganges.



ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

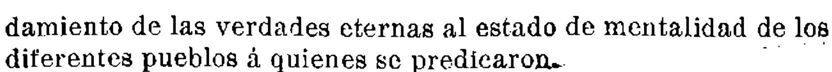
AÑO XX

Al comenzar el año vigésimo de la publicación de nuestra Revista, echaremos una ojeada, como en años anteriores, hacia el estado de la Sociedad Teosófica en el mundo, procurando sacar nuevos alientos para nuestra propaganda del espectáculo que ofrecen los esfuerzos hasta ahora realizados. Si los primeros pasos fueron lentos, como era natural tratándose de una doctrina nueva y grandemente espiritual, que pugnaba con las rutinas religiosas y con el sentido materialista de los conocimientos científicos formulados durante todo el siglo XIX, ya entrado el siglo XX, y sobre todo desde el principio del año de 1910, los progresos de la Teosofía han sido señalados en todas las naciones, dándose el caso extraordinario de ocupar nuestra Presidenta la Cátedra de la Sorbona para dirigir la palabra á más de 5.000 oyentes, que la escucharon con respeto y admiración en aquel Centro, acaso el más caracterizado del mundo por su espíritu escéptico. Este solo hecho, todavía no suficientemente ponderado en todo lo que significa, bastaría para demostrar hasta qué punto nuestras doctrinas van abriéndose paso y ganando terreno en la consideración de las gentes. Pero es mayor aún el éxito, si se tiene en cuenta la fundación de Centros teosóficos en todas las poblaciones importantes, así del Continente europeo como del americano, de la India y del Japón y de todas las colonias del África y de la Oceanía en donde existe algún rasgo de la cultura moderna. En España también se ha dejado sentir el impulso de la oleada, pues se han fundado nuevas Ramas y ha aumentado el número de afiliados en las antiguas.

Este crecimiento continuo es un gran síntoma de cómo se va preparando el mundo para el advenimiento del Cristo que la actual generación ha de presenciar, pues todas las indicaciones señalan como próxima la realización de tan grande acontecimiento. La Sociedad Teosófica fué principalmente fundada para abrir el camino del Maestro Supremo, colocando á la humanidad en condiciones á propósito para que lo reconozca, comprenda sus enseñanzas y acepte sus doctrinas, á cuyo fin era necesario despertar una alta espiritualidad en el ánimo de las gentes, que las haga aptas para discernir el Espíritu divino que brilla en el Señor Mâitreya—que tal es el nombre con que se le conoce en Oriente—y que, en su consecuencia, sientan la emoción de su palabra y la sublimidad de sus enseñanzas.

En este sentido, todos los progresos realizados por nuestra Sociedad, se pueden contar como un éxito del Cristo, y como es de esperar—en vista de los antecedentes—que en los pocos años que aún faltan para su venida, estos progresos se centupliquen, dado que el entusiasmo crece en sus partidarios, no es aventurado predecir que cuando llegue el ansiado momento, habrá de existir ya un ambiente suficientemente extendido y caldeado para asegurar el resultado inmediato de su nueva predicación.

Gran parte de la obra está, pues, encomendada á nuestro entusiasmo y á nuestro ardoroso trabajo. Medid, pues, hermanos nuestros, la importancia de la labor que nos está encomendada y la gloria inmensa de nuestro triunfo. Estamos colaborando con el Cristo en la empresa cíclica de dotar al mundo de una nueva religión, de una religión que será la fórmula sagrada de la civilización para las generaciones futuras, que debe resolver todos los problemas pavorosos que hoy preocupan á la humanidad, y ante los cuales son inútiles todos los caducos apotegmas de nuestra viciada cultura. Problemas cultuales, problemas económicos, problemas políticos y sociales, problemas internacionales que por todas partes nos cercan, nos oprimen y acosan, sin que los expedientes ideados de momento sirvan más que para despertar nuevas ambiciones y disponer nuevos embates que al cabo han de dar al traste con una civilización carcomida desde sus cimientos. Precisa, por tanto, renovar la fórmula del progreso, y como ésta se cifra en último resultado en el organismo religioso, pues en todas las edades y en todos los pueblos de la tierra ha estado siempre inspirada y ha marchado siempre unida á los ideales religiosos, es lógico pensar que la magna obra del Cristo ha de consistir en fundar una religión que responda á la medida del desarrollo intelectual de los tiempos presentes, que no otra cosa fueron las diversas religiones del pasado más que el acomo-



damiento de las verdades eternas al estado de mentalidad de los diferentes pueblos á quienes se predicaron.

¿Qué será esta religión del porvenir? Nuestros conocimientos religiosos del presente, inspirados por las enseñanzas teosóficas, nos permiten conjeturar que será una síntesis de las grandes religiones hoy profesadas, dentro de la cual cabe fundirlas y hermanarlas todas, dando la explicación profunda de sus respectivas formas y creencias y poniendo de relieve que todas ellas profesan unos mismos principios fundamentales, variando tan sólo las formas externas, las alegorías en que esos principios estaban contenidos, para acomodarlos á las diversas circunstancias de los pueblos á quienes las religiones fueron dadas.

Hasta ahora, una de las cosas que ha sostenido mayor división entre los hombres, ha sido la diferencia de los credos religiosos. Conceptuando cada cual su propia fe como la única verdadera, ha considerado á los secuaces de las demás como proscriptos, señalados por la mano de Dios para eterna perdición, miembros podridos del género humano, de cuyo contacto era preciso huir á todo trance para evitar el contagio de un virus que ponía en peligro la propia salvación. La religión cristiana se distinguió siempre por la exageración de esta doctrina, engendrando un odio con respecto á los secuaces de otras religiones, de que apenas hay ejemplo entre otros cultos. La razón de tan extremado exclusivismo acaso deba hallarse en los furores de la lucha emprendida para combatir al paganismo, cuyo desarraigo no hubiera sido posible efectuar en tan corto espacio de tiempo como fué realizado, sin las vehemencias de que dieron muestras los cristianos de los primeros siglos. Tal odio fué transmitido de generación en generación y, aunque algo atenuado en nuestros tiempos por el desarrollo de sentimientos más humanos debidos, sin duda, á los progresos de la cultura, sigue constituyendo la base de una aversión decidida hacia otras creencias que no sean las suyas.

Esta rivalidad tiene sus raices en el desconocimiento completo de la unidad de las religiones, en la ignorancia respecto al origen común de todas ellas, ignorancia y desconocimiento disculpables hasta el presente, porque ha sido punto poco menos que imposible el que la humanidad, en general, se hubiese dado cuenta, en medio de la confusión de tan diversas doctrinas, de los estrechos lazos que á todas ellas las unian; pero de hoy más, después que la ciencia de la Mitología comparada ha puesto en evidencia esa unidad y, sobre todo, desde el momento en que las enseñanzas teosóficas han señalado la fuente común de donde se han derivado todas las creencias religiosas, no es ya tolerable una hostilidad

que ha regado la tierra con sangre y que aun hoy la siembra de odios.

El principal empeño del verdadero teosofista debe consistir en llevar al ánimo de todos los creyentes de las diversas religiones el convencimiento de que todas ellas expresan, bajo sus distintas formas, las mismas verdades fundamentales, que son precisamente las enseñadas por la Teosofía; en consecuencia de lo cual los partidarios de los diferentes cultos deben mirarse como correligionarios y hermanos en la fe, considerando con respeto y tolerancia las prácticas y ceremonias de los demás cultos, como inspirados en idénticos principios.

Todas las religiones han sido fundadas y desarrolladas por miembros de la Gran Fraternidad Oculta, en donde se estudian las Grandes Verdades y los Grandes Misterios de la Naturaleza. Es, por tanto, lógico pensar que los dogmas y creencias sean las mismas, como derivadas de la misma fuente; pero también es lógico pensar que las formas en que tales creencias se propalaran, fuesen adaptadas á la capacidad, al desarrollo mental, al género de vida y, en general, á todas las condiciones y circunstancias de los diversos pueblos y razas á quienes fueron predicadas.

Este pensamiento fundamental de la unidad de todas las religiones ha sido objeto de asiduos trabajos, especialmente de la *Doctrina Secreta,* donde se examinan, bajo diferentes títulos, los principales símbolos y dogmas de los diversos credos, haciendo su comparación y estableciendo su completa semejanza, á fin de que pueda apreciarse desapasionadamente la identidad de origen de todos ellos. Y aun prescindiendo de las enseñanzas teosóficas, este punto de vista no es nuevo, según hemos indicado al aludir á los estudios de la Mitología comparada—aun cuando esta ciencia, al descubrir el origen común de las religiones, lo atribuya á conceptos astronómicos, ignorante, como está, de que la verdadera causa de los primitivos cultos al Sol y á los Planetas, era que estos astros son los cuerpos físicos de la Divinidad y de los excelsos Seres más inmediatos á ella; por lo cual los sabios fundadores de aquellas religiones dirigieron la atención reverente de los pueblos infantiles hacia el aspecto material y visible de los dioses, ya que no era posible hacerles comprender entonces la existencia de las Entidades Supremas que animan los orbes celestes, según lo enseña la Teosofía siguiendo las doctrinas de la Sabiduría arcaica de los Iniciados.

Pero ni siquiera esta ciencia de la Mitología comparada, cuyo desarrollo pertenece á los tiempos modernos, puede vanagloriarse de haber descubierto el parentesco de las creencias religiosas, pues ya en la época de la propagación del Cris

tianismo se hizo á sus defensores la adventencia de que sus doctrinas no presentaban novedad alguna, pues eran las mismas que entrañaban las enseñanzas del paganismo. A lo cual dió Lactancio la peregrina respuesta de que el diablo, sabedor de que algún dia habría de darse al mundo la doctrina de Cristo, se propuso desvirtuarla, anticipándola bajo la forma de la religión pagana, y procurando de este modo malograr su éxito, ya que no ofrecia novedad alguna, por la cual los hombres debieran aceptarla. Idéntico raciocinio hizo el P. Acosta cuando á fines del siglo XVI escribió su obra de la *Historia de las Indias*, ó sea de los pueblos americanos que los españoles acababan de conquistar, entre los que encontró instituciones religiosas tan semejantes á las cristianas. que no pudo menos de maravillarse, dado el estado de incomunicación de aquellos países con la parte del mundo donde el Cristianismo había sido propagado, viéndose obligado á recurrir al argumento de Lactancio para dejar á salvo la originalidad de la religión cristiana. Tan inocente argucia sólo podia hacer efecto en gentes incapaces de concebir la idea de que la Divinidad, de uno ó de otro modo, debió siempre inspirar á los hombres las creencias religiosas, sin dejarlos abandonados hasta una época relativamente reciente como la del advenimiento del Cristo, teniéndolos ayunos de todo alimento espiritual con que pudiesen proveer á su salvación. La misma misión divina atribuída á Moisés, en quien creen los cristianos, debió poner en guardia á los propagadores de la extraña idea del demonio anticipando el Cristianismo, siendo más lógico creer que las semillas religiosas fuesen sembradas en tiempos anteriores por hombres inspirados de la sabiduría divina, enviados del cielo á difundir en todas direcciones las verdades fundamentales que habían de poner á todas las ramas dispersas de la especie humana en condiciones de rendir culto á la Divinidad para acercarse y unirse á ella después de su paso por la tierra. Cualesquiera que fuesen las ideas que se tuviesen sobre un período de perversidad universal después del cual sólo quedasen unos cuantos escogidos con quienes únicamente fuese posible establecer una alianza divina, siempre resaltaría el hecho de que antes de tal época los hombres debieron ser instruídos en las verdaderas doctrinas religiosas, y que estas enseñanzas, conservadas de algún modo entre los relapsos, eran el origen remoto de las semejanzas observadas entre el Cristianismo y las demás religiones, sin que fuese preciso acudir al ardid demoniaco de anticiparse al Cristo, predicando lo que al cabo era la verdad, con el ánimo de desvirtuarla, siendo asi que en último resultado la enseñaba.

No; el demonio, cualquiera que sea el concepto sobre el cual

la ignorancia humana ha construído este personaje simbólico, no pudo ser autor en ningún tiempo de las verdades fundamentales que establecen las relaciones de la humanidad con su Creador. Esto tuvo que ser obra de inteligencias superiores y benéficas, ansiosas de dotar al hombre de medios adecuados para acelerar el proceso de su espiritualización y conseguir al cabo su unión con lo Supremo, norte y fin que se proponen todos los credos religiosos, sean cuales fuesen las formas en que presenten envueltos los ideales que exhiben á las miradas de sus respectivos creyentes. Si los hombres, en épocas en que el desarrollo intelectual era escaso, no han podido comprender el nexo que une á todas las religiones, ya han llegado los tiempos en que, con superior inteligencia, se encuentran capacitados para comprender la identidad de todos los dogmas y creencias, de rastrear su origen común y de darse cuenta cabal de la existencia de un foco de luz sostenido y avivado en todos tiempos por los Adeptos y los Iniciados, flor y nata de la especie humana, de donde han irradiado en forma de cultos, acomodados á las circunstancias especiales de los diversos pueblos y razas, las verdades eternas que ellos exploraban y siguen explorando con las superiores facultades de su mente desarrollada en luengos siglos y trabajos. Este es el tronco común del árbol de las religiones, las cuales constituyen sus ramas, participando por tanto de la misma savia.

Retrotraer la humanidad á este tronco común, exponiéndole el verdadero, el profundo significado de sus respectivos dogmas y creencias religiosas, será á no dudarlo la obra magna del Cristo en su futuro advenimiento, impresionando los sentimientos con la emoción de su palabra augusta, y persuadiendo á las inteligencias con los razonamientos inconmovibles de su elevado espíritu, sin que para ello tenga que apelar á la rutinaria execración de los cultos existentes, sino, antes por el contrario, á hacerlos revivir frescos y lozanos con el rocío de su recta y legítima interpretación, despojándolos de los conceptos pueriles y de las amañadas vestiduras en que teocracias ignorantes sucesivamente les han venido envolviendo, para presentarlos en el ropaje viril de la verdad directamente reconocible por entendimientos maduros.

Apelando á la Unidad Divina y á su constante é inalterable providencia en favor de todos sus hijos, sean cuales fuesen las razas y las nacionalidades á que pertenezcan, será el medio de que se valga para infundir en el ánimo de los hombres la unidad de las religiones, todas las cuales se proponen el mismo fin: el de acelerar el progreso de la humanidad hacia la meta de su fusión con Dios.

Obra prolija y que requiere mucho espacio es la de examinar los dogmas y creencias de todos los cultos y hacer su comparación para deducir la evidencia de su igualdad. Por eso no acometemos esta empresa en el presente trabajo, la cual, según hemos indicado, está ya realizada en gran parte de la literatura teosófica y aun en la positivista. Pero sí expondremos un argumento que consideramos capital en este asunto, y que se deriva de la inspección directa de hechos conocidos.

Los yogis del hinduismo y del buddhismo, los sufis del islamismo, los misticos cristianos y, en general, los más relevantes productos de la piedad en todas las religiones, aquellos que son considerados como santos en sus respectivos cultos, coinciden exactamente en la expresión de la misma idea. Reconcentrados en sí mismos, en las profundidades de sus conciencias, para contemplar la Divinidad; abstrayéndose de cuanto les rodeaba; prescindiendo de toda forma concreta y hasta de las representaciones sugeridas por sus creencias religiosas; atentos únicamente á contemplar lo Supremo de la manera más abstracta que les era posible, todos ellos han llegado á la misma conclusión: «La Divinidad está en mi; es mi propio yo.» Los que duden de la perfecta igualdad en este punto entre los místicos cristianos y los yogis indostánicos, que se tomen el trabajo de leer la autobiografía de Teresa de Jesús, y allí verán cómo la Santa, después de sus continuas meditaciones, contemplando un dia tras otro á la Divinidad en el fondo de su ser, exclama: ¡Pero si soy yo misma!. Y tratando de esclarecer este pensamiento para sus lectores, que ni entonces la entendieron, ni aun hoy la comprenden, añade el símil: Dios es á manera de un brillante clarísimo, en un extremo del cual hay una manchita, que soy yo, que lo obscurece con sus ruindades. De una manera más gráfica no puede expresarse la unidad perfecta del hombre con su Creador, que colocarlo en su esplendente esencia, la cual mancilla con sus imperfecciones.

Si los productos más selectos de todas las religiones llegan á la misma meta recorriendo los distintos caminos que aquéllas les señalan para alcanzarla, hay que convenir en que estos caminos han sido trazados de antemano por entidades superiores para concurrir al mismo punto, cualesquiera que sean las apariencias de diversidad que se ofrezcan á las inteligencias inferiores, incapaces de desentrañar las verdades profundas que se ocultan bajo los diferentes ropajes de las alegorias religiosas. Pero aparece aún con más evidencia este común objetivo de todos los cultos, si se les mira á la luz de las enseñanzas teosóficas, las cuales son un trasunto de la religión de la Sabiduría, madre y raíz de las religiones positivas. Allí se enseña que la Divinidad está en-

carnada en el Universo, que es el alma de todos los seres, grandes y pequeños, que nosotros somos el misterio del Dios hecho hombre, del Verbo hecho carne, y que el llegar á la plena conciencia de esta verdad es el objetivo de nuestras múltiples existencias. Esta es la enseñanza fundamental de los diversos credos, y en todos ellos se ha expuesto de una manera patente, por más que la ignorancia humana se haya empeñado en oscurecerla. El cristianismo la tiene formulada de modo claro é indubitable en los comienzos del evangelio de San Juan: «*Verbum caro factum est et habitavit in nobis*»; así lo expresa el evangelista: «El Verbo se hizo carne y habitó en nosotros», aunque torpemente se haya traducido la preposición *in* como *entre*, alterando el sentido de la frase y privándola de su exactitud. Los judíos tienen la propia idea fundamental expresada de un modo gráfico en el Génesis, donde se dice que Dios creó al hombre del barro y le sopló el aliento de vida en sus narices: es decir, le dotó de alma con su propio aliento: esto es, le ingirió un soplo de su aliento para animarlo, y desde entonces el aliento Divino es alma del hombre. En el hinduismo, después de otras indicaciones de esta idea capital, se enseña que Brahma, el Dios creador, formó las diversas castas de sus propios miembros, sacando la casta sacerdotal de su cabeza y las demás de sus brazos y piernas, fórmula que, como las de las otras religiones, va encaminada á considerar al hombre como parte integrante de la esencia divina. El buddhismo esotérico presenta el mismo concepto, representando á la Divinidad como una llama, cuyas chispas son las mentes humanas. Y, de uno ó de otro modo, todos los credos y religiones expresan la idea de que nuestro yo es la deidad oculta en el Tabernáculo de nuestro cuerpo.

La coincidencia de todos los credos religiosos y de los místicos de toda procedencia en este punto esencial, es suficiente para corroborar el aserto de la unidad de las religiones, de la comunidad de su origen y de la posibilidad de refundirlas en una síntesis suprema, que congregue á todos los pueblos y á todas las razas en un sentimiento espiritual unánime, que borre las fronteras, que anule las diferencias entre los hombres, que disipe los odios de clase, que resuelva los problemas terribles que hoy nos abruman con su amenazadora incertidumbre. Un estudio más detenido de todos los dogmas y de todos los mitos y alegorías religiosas acabará de convencer á los más recalcitrantes de esta verdad salvadora y, sobre todo, la poderosa influencia del Señor Maitreya, haciendo penetrar la luz en todos los cerebros, sacará á salvo la unidad de las religiones con una fórmula suprema que induzca á los fieles de todas ellas á considerarse comulgando en la misma

fe y venerando los mismos principios, cualesquiera que sean los ritos y ceremonias que empleen para rendir el tributo de su adoración y acatamiento al Eterno invisible que en el fondo de sus almas llevan.

Mientras tanto, á nosotros incumbe preparar ese momento sublime con la explicación del significado íntimo de todos los dogmas y creencias, haciendo resaltar de un modo palmario su unidad, y poniendo al alcance de todo el mundo las enseñanzas teosóficas, que no dejan duda acerca del origen común de todos los cultos que existen en la tierra: la Religión de la Sabiduría, cultivada y seguida por los iniciados de todos los tiempos. Así cumpliremos la misión encomendada á la Sociedad Teosófica por los Maestros.

LA REDACCIÓN



Hechos naturales y Dogmas religiosos. (1)

Notas de una Conferencia dada por Mrs. Annie Besant en el Queen's (Small) Hall, Londres, en 22 de Junio de 1902.

IV

Reyes Divinos.

PRECISAMENTE en los momentos actuales se ocupa mucha gente del principio monárquico, por lo cual he considerado oportuno que discurramos acerca del aspecto ideal de esta realeza, y observemos cómo desde el pasado más remoto han llegado hasta nosotros ciertas tradiciones que constituyen el fundamento de este principio, aun cuando tales tradiciones no puedan ser reconocidas conscientemente en su verdadero aspecto.

Todo sentimiento nacional, todo sentimiento que se extiende á través de una nación sin oposición aparente, y que sirve de base á las apologías individuales, tiene sus raíces las más veces en el pasado. Lo que conocemos como patriotismo—el amor del

(1) Curso de cinco conferencias pronunciadas por Mme. A. Besant, en Londres, el año 1902, y hasta hoy inéditas. Las conferencias I, II y III aparecieron en el año último de SOPHIA.

país—, mira lo mismo hacia atrás que hacia adelante. Ha sido formado en parte por el orgullo fundado en la historia pasada de la nación, y en parte por el amor que la enlaza con los grandes recuerdos de los héroes, de los patriotas, de los santos y de los gobernantes que han conmovido la imaginación popular y han conquistado el corazón de los hombres. Y la condición de la grandeza de un pueblo depende en mucho del patriotismo del pueblo; donde este espíritu está muerto, la nación como tal nación degenera.

Estrechamente ligado al patriotismo está el muy valioso sentimiento que se llama espíritu público, ese espíritu que impulsa al hombre á mirar los intereses del país con la misma intensidad con que considera sus propios intereses; ese espíritu que obliga al hombre á retroceder ante la posibilidad de cualquier deshonra nacional, que le incita á mirar con orgullo los éxitos nacionales; ese espíritu que le dispone en todas ocasiones á sostener lo recto y á oponerse á lo injusto, espíritu que constituye en verdad la condición de la buena ciudadanía, y sin el cual esta ciudadanía sería imposible.

Ahora bien: es cosa fácil exagerar el valor del sentimiento popular, y también lo es el disminuirlo demasiado. Cuando vemos multitudes vocingleras, experimentamos, á veces, cierta repulsión por la rudeza y el clamor de la demostración; pero haríamos bien en recordar que para las grandes masas del pueblo, cuyos intereses son normalmente pequeños y muy restringidos, es evidentemente bueno, útil y transcendente el que miren con calor las cosas que están fuera del interés inmediato de todos los días, que pulsen los latidos de un «Yo» más amplio, que perciban vislumbres, por confusos que sean, de perspectivas más extensas que aquellas en que normalmente tienen puestos sus ojos. De modo que, si bien es cierto que pueda haber mucha deficiencia, mucho que sea repulsivo aun en las más grandes demostraciones populares que hemos presenciado en los últimos años, sin embargo, no creo que podamos desconocer la cualidad que aquéllas tienen de realzar ante la mente del pueblo un ideal que atañe á la nación más bien que á las personas, y le hace percibir el latido del corazón nacional al mismo tiempo que el de sus particulares intereses.

Estas grandes oleadas del sentimiento popular, una vez examinadas, parecen ser en sus elementos constitutivos grandes ó pequeñas, pues á veces se suele encontrar en el precio de los éxitos de una nación mucho de esa especie de menudo orgullo que desdeña á la humanidad en su exclusivismo nacional; pero aun así y todo, aun concediendo que la inspiración no es siempre la

más noble, aunque medie el egoismo, se trata, sin embargo, de un egoismo más lato, por cuyo medio se prepara un porvenir mejor, produciendo condiciones en el carácter que los más estrechos intereses personales dejan intactas.

Los que tienen un amplio concepto de la evolución y son capaces de ver á través de las miserias y hasta de los crímenes de los tiempos presentes y se dan cuenta de que todas las cosas colaboran en la realización de un fin más elevado; los que alcanzan cómo las pasiones humanas son aprovechadas para promover grandes propósitos y beneficiar á la humanidad á la larga; que la guerra, triste y horrible como es, es, sin embargo, uno de los medios por los cuales los hombres son elevados de los más mezquinos intereses á cimas más aireadas; los que tienen la mirada suficientemente esclarecida para ver que lo que llamamos el bien y el mal contribuyen de consuno en el avance de la evolución y en aportar días más felices en lo futuro, todos esos pueden considerar con el más profundo interés las corrientes populares del presente y ver en medio de todo la promesa de un grandioso porvenir, el amanecer de un día espléndido.

Y quizá entre todos los sentimientos que en tal sentido se encaminan, podemos encontrar, como director, el sentimiento de lealtad. La lealtad puede sentirse hacia un hombre, hacia una causa, ó hacia un principio; y conforme el pueblo se desarrolla más y más, y desenvuelve una vida más noble dentro de sí, el espíritu de lealtad crece á cada paso, adquiere un carácter de mayor amplitud, dirigiéndose más hacia los grandes principios que á los intereses particulares. Y siendo esto cierto, haríamos mal en no reconocer el hecho constante de que los grandes principios están temporalmente encarnados en determinadas individualidades, y que aquellos que aman y honran los indicados principios, deben reconocer el valor de sus humanas representaciones, y ver en ellas, no ya los estrechos límites de las efímeras personalidades, sino la grandeza del ideal que éstas encarnan.

Yo deseo que vengáis conmigo á pasar una revista en el pasado, cuando el ideal y las prácticas de la realeza eran superiores á lo que hoy día son, cuando hayamos de encontrar figuras más heroicas colocadas á la cabeza de las naciones, guiándolas por el sendero del progreso. Pues sólo conociendo la gloriosa tradición de este pasado, seremos capaces de entender, de apreciar y de purificar la expresión de lealtad que debemos sentir al presente.

Al contemplar la vida de los grandes imperios del pasado, mucho más atrás de los llamados tiempos históricos, encontramos en la base de todas las naciones las llamadas dinastías divinas de

reyes. En esta inspección retrospectiva es de notar cuánto se ha ganado en los últimos veinte ó veinticinco años respecto á retrogradar los límites de la historia. Personajes que hace un cuarto de siglo se consideraban como mitos en el sentido vulgar de la palabra, y con relación á los cuales ningún historiador respetable habría arriesgado su reputación declarándoles reales, han llegado á ser figuras más determinadas, destacándose en el pasado á consecuencia de investigaciones que han sido llevadas á cabo. Muchos de vosotros habréis seguido con interés los resultados de las excavaciones hechas en ciudades muertas, y habréis tenido noticia de los admirables restos desenterrados, no sólo de poblaciones cubiertas por la tierra hace miles de años, sino también de algunas que se han encontrado debajo de otras, formando diferentes capas superpuestas, esto es, construídas las unas encima de las otras, dándose casos de ocho y hasta de trece ciudades de diverso origen, constituyendo estratos paralelos. Causa vértigo el pensar en los enormes períodos de tiempo en que tales poblaciones fueron erigidas, florecieron, cayeron en ruinas, fueron cubiertas de tierra y más tarde, sobre la aparente llanura, fueron construídas una vez y otra y otra nuevas poblaciones, muestras y señales de civilizaciones distintas, hasta el número increíble que hemos apuntado de las ciudades sepultadas. Pues bien: cuando se estudian las investigaciones hechas y se examinan las relaciones de los anticuarios, arqueólogos y exploradores que han sacado á luz estos tesoros del pasado, se descubre que muchos nombres que habían sido considerados como mitos, entran en el campo de la historia, como correspondientes á reyes que en tales civilizaciones ejercieron su mando.

Tomemos como ejemplo las excavaciones hechas en Creta, y veremos cómo los antiguos héroes de la historia griega se levantan de entre los muertos, y se nos revelan como personajes vivientes y no como meras fantasías del poeta ó del bardo que cantó sus proezas. Del mismo modo Asiria, Nínive, Babilonia, han exhibido los restos de sus poderosas, complejas y avanzadas civilizaciones, hasta el punto de poderse vislumbrar las siluetas de los hombres que las dirigían, y á los cuales el pueblo consideraba como dioses. Mientras más atrás penetramos con nuestras miradas, más brillantes se nos presentan las imágenes de los divinos fundadores de aquellas dinastías, surgiendo de todos los lugares de la tierra que han sido explorados, y señalando á veces hacia continentes que han desaparecido de nuestra vista. Porque, si nos fijamos en las admirables civilizaciones de Egipto y del antiguo Méjico, de aquel Méjico en realidad desaparecido antes de la dominación de las tribus que los españoles subyugaron, encontrare-

mos que la civilización de los mâyâs y los quechas era en el fondo idéntica á la egipcia, pues sus jeroglíficos eran tan semejantes, que los egiptólogos son capaces de traducir los escritos desenterrados en los templos mâyâs, pudiéndose así determinar el eslabón que unía al antiguo Egipto con el Méjico también antiguo. Conforme se retrocede más y más en la historia de Egipto, se ve que las figuras de los reyes divinos adquieren más heroicas proporciones. Y no es que se trate solamente de que estas figuras existiesen en las tradiciones populares, sino que también han dejado sus huellas estampadas en los soberbios monumentos que causan la admiración de la posteridad, y que permanecen como símbolos de una grandeza desaparecida de la tierra hace mucho tiempo. Aquellos sublimes gobernantes del antiguo Egipto pertenecían á la misma raza que habitó la sumergida Atlántida, que vivió en parte de la América del Norte y en la China, extendiéndose á través de la Tartaria, y fundando allí grandes imperios: raza que ha dejado las señales de su vida en su arquitectura inmortal, huellas demasiado potentes para que el tiempo las borre, y que dan muestras de un conocimiento que al presente ha desaparecido de las mentes de los hombres.

Tomad como ejemplo las maravillosas pinturas de la gran pirámide egipcia, en el interior de la cual hay una cámara que no puede recibir luz alguna del exterior, y que, sin embargo, está cubierta de pinturas, cuyos colores son tan brillantes como si estuviesen acabados de poner. Los arqueólogos se esfuerzan en vano para descubrir con qué clase de luz pudieron ser ejecutadas, pues ha desaparecido del todo el secreto á que se refiere la tradición de una luz que podía hacerse por aquellos que sabían manejar las fuerzas más sutiles de la Naturaleza, y que no necesitaban, por tanto, valerse de los medios comparativamente toscos de la ciencia moderna, para iluminar amplios espacios y producir una brillantez semejante á la del día.

Estos reyes, según vemos en los tratados de Egiptología, fueron siempre considerados como sacerdotes al mismo tiempo que como reyes. La corona que usaban ofrece un grandísimo interés á los estudiantes de ocultismo, pues en su forma y en su ornamentación se ven señales de los poderes ocultos que poseían los que la llevaban. El áspid que adornaba la corona egipcia es un símbolo muy conocido en ocultismo: era símbolo del poder del iniciado, aunque, sin duda, en los últimos tiempos se convirtió en mero símbolo de la monarquía sacerdotal, cuando ya habían desaparecido los poderes que antiguamente alegorizaba, y cuando hombres más débiles ceñían sus frentes con aquella corona adornada con el áspid.

En el antiguo Egipto encontramos también la dirección de los Iniciados, hombres que eran más que meros hombres. Entiendo que la opinión de Bunsen puede resumirse en la afirmación de que el surgimiento en la historia de la civilización egipcia, plenamente desarrollada, determina un hecho positivo: el de que los antiguos reyes divinos descollaban muy por encima del pueblo que gobernaban, que eran hombres evolucionados hasta un grado muy superior al que alcanzaban sus vasallos, que eran almas poderosas, grandemente desarrolladas, que habían adquirido la posición de hombres perfectos, de Instructores divinos, y que llegaron á fundar y á modelar una civilización precoz, y á educar una humanidad juvenil dentro de líneas que la hicieron grande.

Mirando aún más atrás de la civilización egipcia, hacia otros estados de cultura de que no han quedado huellas más que en los anales ocultos, encontramos una diferencia mayor entre los reyes y sus pueblos, entre los Instructores y su grey. Después de todo, esto podía conjeturarse, esto es lo que debía presumirse de encontrar, pues ¿cómo hubiera sido posible que unos hombres dirigiesen originariamente á otros á menos de que los directores fuesen perspicuamente más grandes que los dirigidos, á menos de que poseyesen conocimientos que los súbditos no poseían, y de que manejasen poderes de que éstos eran incapaces? En los albores de la monarquía debió, sin duda, existir una ventaja muy grande, una diferencia muy patente que colocase á los gobernantes muy por encima de sus pueblos, á los reyes por encima de sus vasallos. En tal sentido, encontramos en todas partes tradiciones que encerraban dentro de una esfera distinta á estos grandes seres de los tiempos arcaicos, que ellos no eran considerados como hombres comunes, que no se les miraba como parte de la nación que regían, que no se les creía de origen humano, sino que se les tenía por semi-dioses, con mayores poderes y más profundos conocimientos que las gentes que guiaban. Esta era la razón que los elevaba tan desmesuradamente sobre el nivel de sus pueblos; y aun hoy día encontramos los vestigios de estas creencias en algunas naciones á donde las ideas modernas no han logrado gran aceptación, y á donde la concatenación con las edades pretéritas se sostiene ininterrumpida. Ejemplos de esto son algunos de los gobernantes de la India, hoy día comparativamente minúsculos potentados, desprovistos de la grandeza de su poder; son al presente príncipes feudatarios de este gran imperio de Occidente. Pero si se habla con las gentes que ellos gobiernan, si se lee los anales de aquellos paises tal cual se conservan todavía, según se recitan y se cantan por los pueblos que ahora son conciudadanos nuestros en la India, se encuentra que estos

príncipes indostánicos, especialmente los de Rajputana, constituyen una corporación de hombres que, en el concepto de sus súbditos, están aparte y por encima de ellos. El más elevado de estos príncipes, aquel que se considera encarnación genuina de las grandes tradiciones del pasado, es llamado todavía el Hijo del Sol, del Todo Solar de los hindos. Y cuando hace pocos años—y cito esto para demostrar cuán arraigada está la idea de los monarcas divinos—fué favorecido este mismo individuo por el gobernador general con uno de los más altos honores que á la corona imperial le es dado conceder, rehusó el llevar la estrella y el cubrirse con el manto de honor, y los rechazó alegando que el que era representante del Sol, el que era dios, no podía inclinar su cabeza ante ningún gobernante, por grande que fuese, pues se hallaba colocado, según pensaban sus súbditos, y él mismo creía, á una altura que no podía ser sobrepujada por ningún monarca moderno, cualquiera que fuese su poderío.

Y esta idea se sostiene viva no sólo por las tradiciones que designan á este príncipe como descendiente del mismo Sér divino, al cual se remonta el origen de la gran Dinastía Solar, la familia reinante del Indostán, sino también porque la fuerza y la potencia de esta remembranza ha alcanzado los tiempos modernos, enlazada con el heroismo que caracterizaba á los gebernantes, con la nota caballeresca que distinguía á los monarcas. Si se desea saber por qué subsiste aún en nuestros días este recuerdo, este sentimiento de lealtad que impulsa á cualquier súbdito á entregar su vida para obtener una palabra halagüeña de su señor, basta con sólo leer los anales de Rajputana, traducidos hacia fines del siglo XVIII, á donde se verá el maravilloso heroismo de unos á modo de caballeros andantes que iban más allá de todo lo que en este sentido se soñaría en Europa: un heroismo que mantenía viva la memoria de los antiguos reyes, y conservaba en todo su calor esa pasión de lealtad, que veia en sus gobernantes seres de razas superiores, dotados de mayores poderes que sus pueblos.

En China encontramos la misma tradición, á despecho de las influencias modernas y de la presión que ejercen las ideas occidentales. Dejando atrás la estrecha faja del país que por su proximidad al mar ha recibido en mayor ó menor proporción el influjo del pensamiento europeo, observamos en la enorme masa de la población del interior la misma idea de que sus gobernantes no son de la sangre ni de la carne, por decirlo así, que ellos mismos, sino que son personalidades divinas, descendientes del mismo Dios.

(Continuará.)



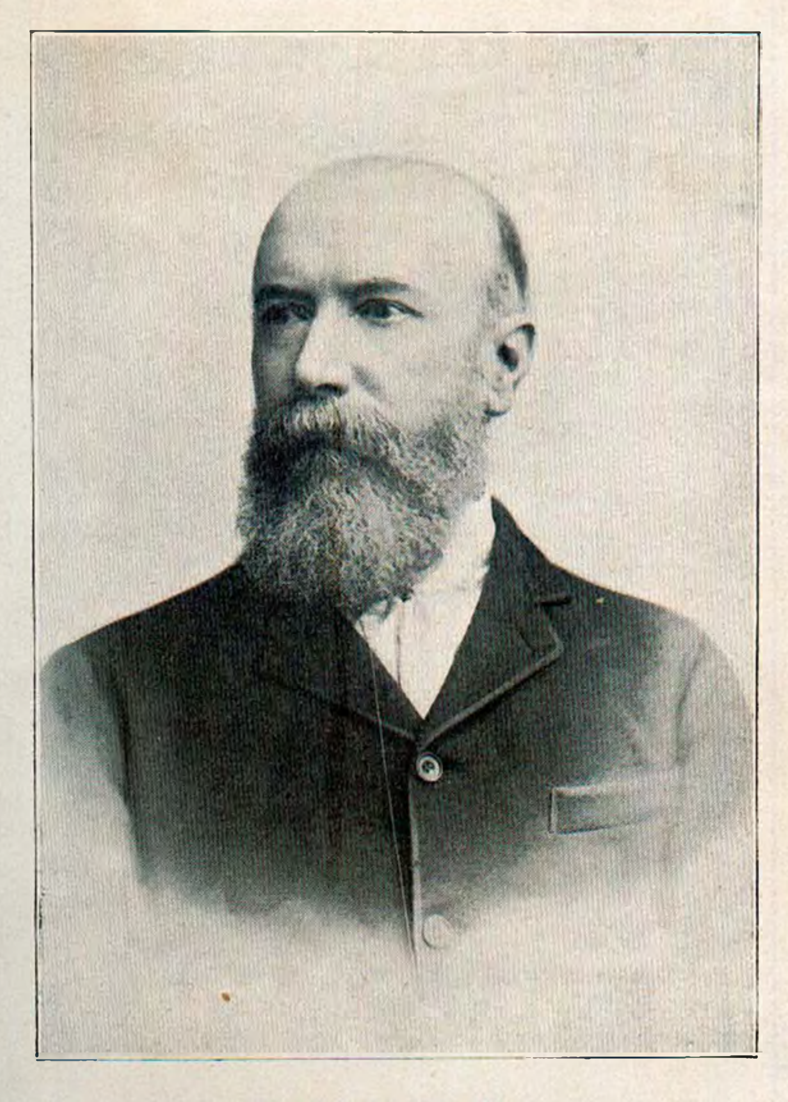
Alfredo Percy Sinnett.

Vicepresidente de la S. T

El nombre del actual Vicepresidente de la S. T. es uno de los más conocidos juntamente con el de Mr. W. Q. Judge. Mme. Blavatsky y el coronel Olcott fueron los fundadores de la Sociedad, pero Alfredo Percy Sinnett ha sido el hombre que lanzó al mar del pensamiento occidental el barco de la Teosofía. Es cierto que ya antes de ir á la India había escrito Mme. Blavatsky *Isis sin Velo*, pero ni aun en América llamó tanto la atención esa obra enciclopédica, cual merecía, y en Inglaterra despertó escaso interés, excepto en un círculo muy limitado. Poco más podía entonces esperarse de un libro enciclopédico tan extenso, y ordenado con poca claridad para ser apreciado por el nivel medio de los hombres. Pero cuando en 1881 sorprendió Mr. Sinnett á los círculos literarios de Londres con la publicación de *El Mundo Oculto* (1), quedó inmediatamente planteado el tema sobre muy diferente aspecto, con una obra que respondía á las exigencias de cualquiera: concisa, definida y clara.

Verdad es que allí refiere una sorprendente historia, historia para el vulgo del mundo entero, y aunque increíble, extraordinariamente sugestiva; pero su relato es de lo más franco, y en él se percibe la veracidad de modo tal, que para muchos, á pesar de su aplastante originalidad, lleva la convicción en todos sus aspectos. Y luego, cuando á ese libro siguió la más completa exposición de la verdad, clara, razonada y comprensiva, contenida en *El Buddhismo Esotérico,* no es exagerado declarar, que miles de almas despertaron al instante al grato recuerdo de un conocimiento que habían poseído hacía muchos años, en otros cuerpos y bajo otros aspectos. Lo sé porque á mi me ocurrió lo propio, y he oído á muchos contar esto mismo; en aquellos primeros días tuve la feliz oportunidad de ayudar á Mr. Sinnett en su trabajo de

(1) Obra aún desconocida en español, pues la versión de nuestro difunto amigo, D. J. Giménez Serrano, está completamente desfigurada. (M. T.)



ALFREDO PERCY SINNETT

Vicepresidente de la Sociedad Teosófica.

contestar algo de la enorme correspondencia que llovía sobre él desde todas las partes del mundo civilizado, como consecuencia de aquellos libros, y por esto supe que había millares que participaban de mi gratitud hacia su autor, y cuál fué el canal por el que llegó hasta ellos la luz. También le debemos muchos eterno y cordial agradecimiento, porque además de aquella primera introducción de la Teosofía, nuestro actual Vicepresidente dispensaba á todos una acogida cortés y hospitalaria, y difundía pacientemente la instrucción contenida en sus discursos y conversaciones durante muchos años.

Muy pocas noticias tenemos referentes á los primeros tiempos de su encarnación actual. Hace algunos años se publicó un artículo en *The Theosophic Messenger*, donde se dice que Mr. Sinnett nació el 18 de Enero de 1840; además refiere que á la edad de 19 años empezó su vida de periodista, y que tendría unos 25 cuando llegó á ser director de *The Hong-Kong Daily Press*. No se menciona cuánto tiempo permaneció en China, pero cuando volvió á Londres fué uno de los más salientes escritores que figuraron entonces en las columnas de *The Standard*, volviendo en 1872 á Oriente, pero asumiendo esta vez una posición de grande influencia, como editor de *The Pioneer*, entonces el periódico más importante de la India.

En 25 de Febrero de 1879, nueve días después de haber desembarcado en Bombay Mme. Blavatsky y el Coronel Olcott, escribió á nuestro Presidente, manifestándole el deseo de entrar en relación con ellos, y su intención de publicar la información que creyeran oportuna sobre su misión en la India. Su actitud referente al ocultismo en aquéllos días, está demostrada por la observación que en aquella carta hacía del gran interés que siempre le habían suscitado tales asuntos; de que había tenido ocasión para investigar en Londres notables fenómenos de mediumnidad y de que nunca había sacado el convencimiento de ellos, quizá por las deficientes condiciones en que generalmente se producían. Se cruzó una correspondencia activísima, y en Diciembre del mismo año pagaron su visita á Mr. y Mrs. Sinnett en su casa de Allahabad, y el 26 de aquel mes fueron los dos admitidos como miembros de la S. T. Ya ha relatado el Coronel Olcott, cómo con motivo de aquella admisión se dejó oir la voz de uno de nuestros Maestros, quizá la de aquel Gran Sér á quien Mr. Sinnett, hace miles de años, favoreció en el antiguo Egipto, pues Ellos jamás olvidan; pues han dicho: «La Ingratitud no es uno de nuestros defectos.» (1).

(1) Consúltese Sophia, 1911, pág. 667.

De nuevo, en Agosto de 1880, se reunieron los fundadores con Mr. Sinnett en Simla, y *durante* esta visita fué cuando tuvieron lugar la mayor parte de los fenómenos tan detalladamente descritos en *El Mundo Oculto*. Transcurrido algo más de un año, vivió unos cuantos días junto á Mme. Blavatsky en el Cuartel General de la Sociedad, entonces instalado en Breach Candy, cerca de Bombay. Hasta principios de 1883 no fué publicado *El Buddhismo Esotérico*, libro que hizo época; pero como es natural, ya hacía tiempo que sostenía frecuente correspondencia con el Maestro K. H., así como con el Maestro M., pues el libro está todo él basado en la constante información contenida en las muchas cartas que de ellos recibía. Ultimamente, cuando supimos mucho más de estos asuntos, descubrimos que si no procedía toda la correspondencia directamente de manos de los Maestros, la mayor parte de las cartas eran precipitadas ó escritas por algunos de sus más aventajados discípulos, claro está que obedeciendo sus instrucciones, y, por tanto, aun cuando aproximadamente, representan las ideas que Ellos querían dar. El total de información que estas cartas contienen es de lo más notable que jamás se ha dado al mundo.

Es verdad que considerado desde cierto punto de vista, nada de esto es nuevo, y sí muy antiguo, puesto que se enseñaba en los misterios del antiguo Egipto y Eleusis; pero *El Buddhismo Esotérico* es la primera y coherente exposición de aquello que jamás se reveló á los profanos, por lo cual su divulgación señala una nueva era. Por aquel tiempo declararon los Maestros que cualquiera que se tomara el trabajo de vivir la vida que Ellos prescribían, podría en la actualidad estar en condición de poseer directamente la verdad de muchas de estas enseñanzas. Algunos de nosotros se fiaron de su palabra, y hoy son capaces de probar la veracidad de ésto; se han realizado muchas investigaciones, y se ha esparcido mucha más luz sobre las concepciones de la doctrina. Aun hoy sorprenderá digamos que cuando creemos estar en presencia de un descubrimiento nuevo, nos hallamos que en resumen, si no expresado de una manera clara, está ya contenido en aquellas admirables cartas que sirvieron de base para el *Buddhismo Esotérico*. Por muchos libros que en el futuro se escriban sobre Teosofía, ninguno podrá reemplazar á éste, quitándole el lugar que le corresponde.

Creo que fué allá por Marzo de 1883, cuando Mr. Sinnett regresó definitivamente á Inglaterra. Hacia fines de aquel año tuve la suerte de conocerle, poniendo los cimientos á una amistad de la que puedo decir con orgullo que ha permanecido siempre firme ante las varias erupciones que han conmovido esta volcánica

Sociedad Teosófica. Antes de su llegada, la «London Lodge» no era más que un pequeño grupo de estudiantes; pero bajo su dirección creció rápidamente y adquirió la posición que conservó hasta su disolución en 1909. Aún recuerdo sus concurridísimas y entusiastas reuniones en aquel relativamente primitivo período. Entonces fué cuando tuvo lugar el escándalo Coulomb, y aquella también escandalosa Memoria de la Psychical Research, que dió lugar á las perturbaciones, origen de que decayera considerablemente por aquellos días el interés por los estudios teosóficos que se habia despertado en los círculos de moda en Londres. Sin embargo de esto, tomó Mr. Sinnett con enérgico celo la defensa y rehabilitación de Mme. Blavatsky, y cualquiera que se precie de imparcial é inteligente, verá que su libro *Incidents in the Life of Madame Blavatsky*, es la más enérgica contestación á aquella Memoria extremadamente injusta.

A pesar del terremoto social causado por el asunto Coulomb, los antiguos adictos de la «London Lodge», reunidos lealmente alrededor de Mr. Sinnett, reducidos á un corto número, seguian como siempre fieles. Después de algún tiempo vino á Londres Mme. Blavatsky, y se fundó la «Blavatsky Lodge», de la cual surgió gradualmente la actividad de la hoy Sección Británica. Nunca favoreció abiertamente Mr. Sinnett la propaganda libre, ni tampoco le fué simpática la idea de formar centros locales en distintos puntos de la comarca, siendo su opinión la de que tiene muchísimos inconvenientes el propósito de conseguir un gran número de adherentes. Por esta razón, mantuvo durante mucho tiempo separada su «London Lodge» de la Sección, á pesar de lo cual condujo su obra y sus reuniones dentro de las primitivas líneas, y aunque por último se unió nominalmente á la Sección, creo que fué más bien como una concesión á la manera de ver las cosas nuestro actual Presidente que no un cambio de opinión sobre la bondad de sus métodos. Más tarde, no estando de acuerdo con los procedimientos del Presidente, se retiró con su grupo de estudiantes, devolvió su carta constitutiva, y adoptó para él el nombre de «Sociedad Eleusina», en la cual ha trabajado hasta ahora, que nuevamente se ha unido á la Sociedad Teosófica. (1).

Quizá represente la década 1890-1900, el periodo de más actividad de la «London Lodge», durante el cual ocupó un señaladísimo lugar en la Sociedad, tal vez no reconocido y apreciado como se debiera. Su grupo interno de estudiantes era el único en el cual se hacían directas investigaciones por medio de la clarividencia durante aquel período, especie de *interregnum* entre la

(1) Véase SOPHIA, 1911, pág. 547.

muerte de Mme. Blavatsky y el desarrollo de los poderes que hoy posee nuestro Presidente. Sus Memorias en todo ese tiempo, tales como *Los Pitris Lunares* (1), *La Historia de los Atlantes, The Pyramids and Stonehenge* y *The Human Aura*, representan una cantidad notable de difícil trabajo realizado por unos cuantos miembros, y en la cual Mr. Sinnett, aun cuando él no es clarividente, tomó siempre una parte principal como organizador y director.

A este período pertenece otra de sus obras principales, *The Growth of the Soul*, que él presenta como una secuela del *Buddhismo Esotérico*. Con anterioridad, ya había escrito *Karma* y *Unidad*, dos notables novelas que nunca han sido objeto, por parte de nuestra Sociedad, de la atención que merecen, pues podían servir para difundir nuestras enseñanzas entre aquellos cuyo interés no es tal que pueda despertar por medio de un libro francamente filosófico ó ético. Otros libros excelentes para ponerlos en las manos de un principiante, son sus *Occult Essays* y *Nature's Mysteries*, y en cuanto á su *Rationale of Mesmerism*, sigue siendo un texto teosófico de fascinador interés.

En los últimos años tuvo Mr. Sinnett la valiosa idea de publicar una revista, en la que, sin ser titulada teosófica, tratara de los asuntos corrientes desde el punto de vista oculto, y con este propósito fundó *Broad Views*. Su gran experiencia en el periodismo y su íntimo conocimiento de la Teosofía, eran precisamente las preciosas cualidades necesarias, y es inútil consignar que la revista resultó brillante, hábil é interesantísima. Sin embargo, por alguna razón ignorada, no fué un éxito económicamente hablando, y después de algunos años de ardua labor, se vió precisado á poner fin á tal esfuerzo.

Todos aquellos que le sean deudores por haber recibido de él las enseñanzas, deben participar de su pena y ayudarle con su simpatía en el dolor que desde no ha mucho le aqueja, con la casi simultánea pérdida de su esposa y su hijo. Por acerbo que haya sido este dolor, indudablemente tiene que haberse mitigado en gran parte, no sólo por su exacto conocimiento de lo que realmente significa la muerte, sino también por la gran corriente de cariñosos pensamientos dirigidos hacia él por los miles de individuos que por sus escritos han visto cambiarse la faz del mundo, aquellos que por él se ha trocado la muerte de un temible adversario en una amiga, de un imponente esqueleto armado con una guadaña para segar el hilo de la vida, en un ángel con su llave de oro para abrir las puertas de una existencia más elevada y noble. Cuando la risueña luz de la Teosofía brille á tra-

---

(1) Véase Sophia, 1899, págs. 321 y 369, y año 1900, pág. 5.

vés de los siglos que se sucederán, cuando Mme. Blavatsky sea reverenciada como el oráculo de los Maestros de Sabiduría, también entonces será recordado el nombre de Alfredo Percy Sinnett, como el de uno de sus primeros subalternos, el hombre que por medio de sus escritos derramó la luz sobre el mundo occidental.

C. W. L.

Comentarios á "La Voz del Silencio,,

INTRODUCCIÓN

Al hacer públicos estos comentarios sólo nos mueve la intención de aportar aquellos modestos resultados que hemos conseguido por la meditación de tan preciosos fragmentos del *Libro de los Preceptos de Oro,* aunque desde luego estamos plenamente convencidos de que ni siquiera hemos empezado á desglosar la inmensa enseñanza que contienen, y de que nuestras apreciaciones están sujetas á error.

Tal es nuestro propósito, y por lo que pueda ser útil damos nuestro trabajo.

Al abrir el libro, encontramos lo primero una expresiva dedicatoria:

Dedicado á los Pocos,

y sobre ella debemos también meditar.

En el tomo tercero de *La Doctrina Secreta* (1) dice H. P. B.: «dejo estos términos en *La Voz del Silencio* en consideración á que era un libro destinado al público.» ¿Cómo hermanar estas dos expresiones de H. P. B.? Fácilmente se comprende ahora lo que quiere significar el «Dedicado á los Pocos», pues aunque por razones que no son del momento, tuviera este libro que ser hecho público, ella lo dedica á los *pocos,* á sus predilectos discípulos, ó á aquellos contados estudiantes que de él pueden sacar algún provecho. Y aun así y todo, nos dice en el prólogo del mismo libro que ha procurado «hacer una juiciosa selección tan sólo de aque- »llos tratados que son más provechosos á los pocos místicos ver-

(1) Pág. 452, nota, versión española.

»daderos de la Sociedad Teosófica, y que con seguridad responde-»rán á sus necesidades».

Aquí llama *místicos* á esos *pocos*. Indudablemente la palabra *místicos* tiene aquí un sentido que no es el vulgar ó corriente.

* * *

Siempre he oído hablar de este libro como de una obra eminentemente *mística*, cual si se tratara de algo que sólo contuviera plegarias y puntos de meditación. Otras veces, recordando aquellos hermosos párrafos que dicen:

Haz que tu alma preste oído á todo grito de dolor, de igual modo que descubre su corazón el loto para absorber los rayos del sol matutino.

No permitas que el sol ardiente seque una sola lágrima de dolor, antes que tú mismo la hayas enjugado en el ojo del afligido.

sólo se reconoce en ella un tratado de purisima moral, un tesoro de acrisolado amor. Pero *La Voz del Silencio*, además de esto, á fuer de un libro *místico*, sin plegarias, sin peticiones interesadas; además de una joya de moral, es también un tratado de *ocultismo práctico* que requiere una profunda meditación y un escrupuloso estudio.

Ya se declara esto en su comienzo, cuando dice:

Las presentes instrucciones son para aquellos que ignoran los peligros de los Iddhi inferiores.

Son, pues, *instrucciones* metódicas, detalladas hasta cierto punto, que sirven de guía al peregrino para cualesquiera de los senderos de la devoción ó del conocimiento. É *instrucciones* difíciles, aun cuando los tres fragmentos contenidos en este libro, son escogidos de entre los muchos que contiene el de *Los Preceptos de Oro*, como los más adecuados á la época actual.

Bajo todos estos aspectos es preciso estudiar cada uno de sus párrafos, si se quiere sacar el mayor provecho y más completo sentido de las enseñanzas en ellos contenidas.

El ocultista y el místico encontrarán en ellos grandes y valiosos conceptos que les iluminarán su camino, y mediante una profunda meditación les ayudarán en sus estudios, mostrándoles en sus prácticas las sucesivas y precisas etapas del sendero que siguen.

* * *

Volvamos á aquel párrafo con que, como á guisa de advertencia preliminar, comienza *La Voz del Silencio:*

Las presentes instrucciones son para aquellos que ignoran los peligros de los IDDHI inferiores.

Qué son los *Iddhi* (pali) ó *Siddhis* (sánscrito) lo expresa la nota correspondiente diciendo que son «facultades psíquicas, los poderes anormales del hombre.» Los *Siddhis* se dividen en dos grupos: uno que comprende las energías psíquicas y mentales inferiores. Estos son los «*Iddhi* inferiores» á que se refiere el citado párrafo. El otro grupo, los *Siddhis* superiores, son los que requieren la más elevada educación de los poderes espirituales. Por esto se deduce que, *La Voz del Silencio* (el fragmento primero), es un tratado relativamente elemental, que sirve de guía para los primeros pasos en el Sendero.

Pero ¿cuáles son esos peligros que encierran los *Siddhis* inferiores? Á muy latas consideraciones se presta este punto.

En primer lugar, bien claro se ve, á poco que sobre ello se medite, que la posesión de cualquier poder ó facultad de las que se suelen llamar anormales, puede ser objeto de abuso en su práctica, empleándola en provecho propio, ó injustamente, para favorecer á alguien que nos mereciera particular interés, con detrimento de otros. Pero estos peligros serían tales para aquellos que estaban dotados de esos poderes ó facultades. El caso aquí parece ser también, el del individuo que, no poseyendo tales poderes, se siente sugestionado por alcanzar su posesión, olvidando que, si bien el logro de tales facultades puede ser un justo premio que venga en ayuda de su progreso, no es el objetivo principal ni de su avance por el sendero de la evolución, ni la finalidad que por encima de todo debe perseguir. Tal ilusión que á muchos seduce con su asombrador espejismo, es las más de las veces serio obstáculo en el camino que, engendrando un Karma pesado, retarda ó entorpece el progreso, en lugar de haber servido para facilitarle y acelerarle.

Millares de individuos engañados de este modo, en lugar de buscar el camino firme que les permita progresar realmente en el conocimiento y la devoción, se lanzan por un sendero tortuoso y no exento de dificultades, que sólo les permite dar pasos en vano para siempre encontrarse en el mismo sitio.

Todos tenemos dos medios seguros para aquilatar nuestro merecimiento de poderes y facultades anormales. Primero, que si habiendo hecho el adecuado y constante esfuerzo que á ellas conduce, no las hemos logrado, es indudable que para bien nuestro nos vemos privados de tales poderes, pues quizá careciendo de ellos, nos preparamos mejor para el día en que los poseamos, ó, más bien, existe una dificultad kármica que nos impide esa cua-

lidad y evita que de ella hagamos un uso indebido. El segundo procedimiento consiste en que nos examinemos, procurando indagar si empleamos bien, altruista y equitativamente, aquellas facultades con que nacimos. Casi todos, quien más quien menos, poseemos algunas facultades psíquicas más ó menos fragmentariamente desarrolladas, y á las cuales no damos importancia porque, siendo casi del dominio general, no merecen el dictado de ánormales. Unos poseen fácil y sugestiva palabra con que arrebatan á sus oyentes; otros tienen cierta y particular mímica y expresión que sugestiona; otros seducen con sus obras artísticas, etc., etc.; y todas estas facultades pueden emplearse en provecho propio con perjuicio de los demás, ó servir para inducir á otros á la comisión de actos reprobables, aunque á nosotros no nos aprovechen.

Ahora bien; el que no hace un uso intachable de estas facultades ¿con qué derecho puede ambicionar la posesión de aquellas otras que, por no ser tan comunes, pueden más fácilmente emplearse con perjuicio de nuestros semejantes? Hay quien todas sus habilidades las emplea con fines egoistas y parciales, y se cree segurísimo de que ejercitaría recta y equitativamente, nunca en provecho propio, las facultades y poderes anormales que llegara á conquistar. Seamos puros, registremos lo más recóndito de nuestro sér, para descubrir el modo como gastamos nuestra vida, y si no encontramos reproche alguno... seamos *aún más* puros y esperemos.

* * *

Pero el principal peligro de esos *Iddhis*, ó por lo menos al que más directamente parece aludirse en ese párrafo, es otro. El prematuro despertar en nosotros de esas facultades ó poderes, motivado por un esfuerzo no metódico ni inteligentemente dirigido, encierra el peligro de deslumbrarnos, haciéndonos concebir ideas erróneas y lejos de la realidad. No se trata aquí del uso indebido, sino de la falsa concepción de las cosas. Las percepciones extemporáneas en el mundo astral, cuando no tenemos un guía que nos las explique ó que limite las cosas de modo que vayamos viéndolas á medida que las comprendamos, nos conducen á estados fragmentarios y contradictorios de la conciencia, que nos retardan en el conocimiento ó nos le dificultan. Ocurre con ellas lo que con los fenómenos de óptica, que nos hacen concebir estados, formas y cualidades que en la realidad no existen, aun cuando realmente los percibimos.

Por otra parte, el objetivo actual de la evolución en nuestra sub-raza, consiste en el desarrollo de la mente, y si en nuestra in-

fantil condición presente, en que no sabríamos bien distinguir las percepciones astrales de las mentales, pudiéramos actuar en ambos mundos, dificultaríamos nuestro progreso por lo que al mundo mental se refiere. Buena prueba es de esto el que, en el despertar de nuestras facultades, no sabemos distinguir si una percepción es realmente del mundo astral ó una forma mental, que nosotros llamamos, en el lenguaje vulgar, una ilusión de nuestra mente. Por ejemplo: si creemos ver una figura destacándose en la oscuridad de nuestro cuarto, no sabemos distinguir si esa figura es una entidad del mundo astral ó una creación de nuestra mente.

Pero aun otro es el peligro mayor. Si despertamos más ó menos conscientemente en un mundo que no es el físico, creemos que aquello es el todo, y todo lo supeditamos á aquellas sensaciones, convirtiéndonos en esclavos de aquel mundo, como antes lo fuimos del mundo físico, olvidando todos los ideales más elevados, embriagándonos con sus encantos, é incurriendo en aquello que se quiere evitar cuando se dice en la misma *Voz del Silencio:*

Si de las cadenas kármicas quieres librarte, no busques tu *Gurú* en aquellas mayávicas regiones.

Pues:

Los Sabios no se detienen jamás en los jardines de recreo de los sentidos.

* * *

Antes de comenzar la meditación de este libro, creemos conveniente decir unas breves palabras sobre la exposición que en él se sigue. A parte de los tres fragmentos que le componen—*La Voz del Silencio, Los dos Senderos* y *Los Siete Portales*—, cada uno de éstos aparece dividido en otras partes secundarias que unas veces denotan lagunas ú omisiones, y otras son á modo de capítulos en los cuales cambia el asunto principal ó el método de exposición. Esto facilita el estudio, pues sirve como tregua entre uno y otro tema, ó como momento de reposo en que la mente recapitula lo aprendido, disponiéndose á continuar el camino guiada por el saber adquirido. Así, nosotros, en estos comentarios nos detendremos en esos cortes que separan los temas, para hacer notar nuestros pasos en la meditación.

Nota. En nuestras referencias aludiremos siempre á la edición española de 1907 que hizo la *Biblioteca Orientalista* de Barcelona.

(Continuará.) M. TREVIÑO Y VILLA



BENARES LA SANTA

(Del libro «Old Diary Leaves», segunda serie.)

... Tomamos por la tarde el tren para Amballa y de allí á Cawnpore, donde tuvimos grandes discusiones metafísicas, y en cuyo punto dí dos conferencias, regresando á Allahabad á casa de nuestros buenos amigos los Sinnett.

Les dejé confiado á sus buenos cuidados á mi colega (H. P. B.), y marché á Benares á casa del venerable Maharajah, difunto, cuyo título tantas veces mencionado en los libros indos y budistas, se remonta á la más alta antigüedad. Envió su coche á la estación y á varios personajes de su séquito para recibirme en su nombre; se me alojó en un pabellón próximo á su palacio, á orillas de un gran estanque donde se reflejaba un gran templo que estaba haciendo construir.

A la mañana siguiente fuí recibido por el Maharajah, y como era el cumpleaños del joven príncipe, se celebraba un gran *nautch* en el palacio. El Maharajah, que tenía todo el aspecto de un patriarca, con su bigote y el pelo blancos, me acogió con complacencia, haciéndome sentar en un baldequino de cachemira, bordado y sostenido por varillas de plata que descansaban en cojines de rojo y plata, colocado cerca de él y de su hijo. Vestía un traje de cachimira verde con pantalones, un chaleco de seda y un gorro de brocado. Su hijo llevaba un traje de brocado verde con ramajes en tejido de oro y un gorro adornado con una cresta de diamantes.

El *nautch* indio es uno de los placeres más aburridos y á propósito para hacer bostezar á los occidentales. Tres jóvenes, bonitas y lujosamente vestidas, y una vieja se balancean al compás de los instrumentos indos, tomando una serie interminable de posturas, golpeando con los pies, dando vueltas y revueltas, haciendo luego signos con las manos, retorciendo los dedos como si



BENARES.—Templo y baños de Vichnú (Ghat Manikarnika).

fueran serpientes, entonando en indo canciones incendiarias, acompañadas de gestos obscenos y de guiños de ojos, dan náuseas y deseos de irse al jardín á fumar una pipa. Pero el viejo Maharajah, que parecía distraerse, nos dirigía sonrisas y miradas benévolas á través de sus gafas de oro, de modo que no tuve más remedio que estar allí y armarme de paciencia. Delante de él había un enorme *chillum* (narghileh) de plata, cuyo largo y flexible tubo estaba recubierto de seda blanca y terminaba en un final adornado con pedrería, por donde chupaba continuamente. Cuando me fué permitido despedirme, me puso al cuello una cinta tejida en rojo y oro, derramó perfume sobre mis manos y me dijo había tenido un gran placer en verme. Dispuso que se me instalara en su gran palacio de la ciudad que se llama «La Monnaie», donde debía yo pronunciar una conferencia el martes siguiente.

El palacio llamado «La Monnaie» recibe este nombre de cuando los antecesores del Maharajah acuñaban allí la moneda. Este es un gran monumento que me recordaba el palacio de Versailles y me parecía un escenario ideal para las apariciones de los muertos. Al menos esto me vino á la mente cuando me quedé solo aquella noche en un salón enorme, mucho mayor que algunos salones de conferencias; y esperaba que me sacara de mi sueño alguna zarabanda de fantasmas; pero nada de esto ocurrió y dormí en paz. El erudito doctor Thibaut, el principal del colegio de Benares, vino á comer conmigo, y pasamos la velada hablando de cosas de provecho. A la mañana siguiente le devolví la visita, y por la tarde fuí á ver á Majji, la mujer asceta ó *Yogini*, á quien encontré sumamente amable y muy comunicativa sobre asuntos religiosos. Luego vi á un viejo, Swami, que me resultó encantador. A las seis de la tarde di una conferencia ante un auditorio numeroso, que me dijeron estaba compuesto por «toda la aristocracia y los sabios de Benares». El viejo Maharajah y su hijo estaban allí, sirviéndome de intérprete con gran habilidad el rajá Sivaprasad.

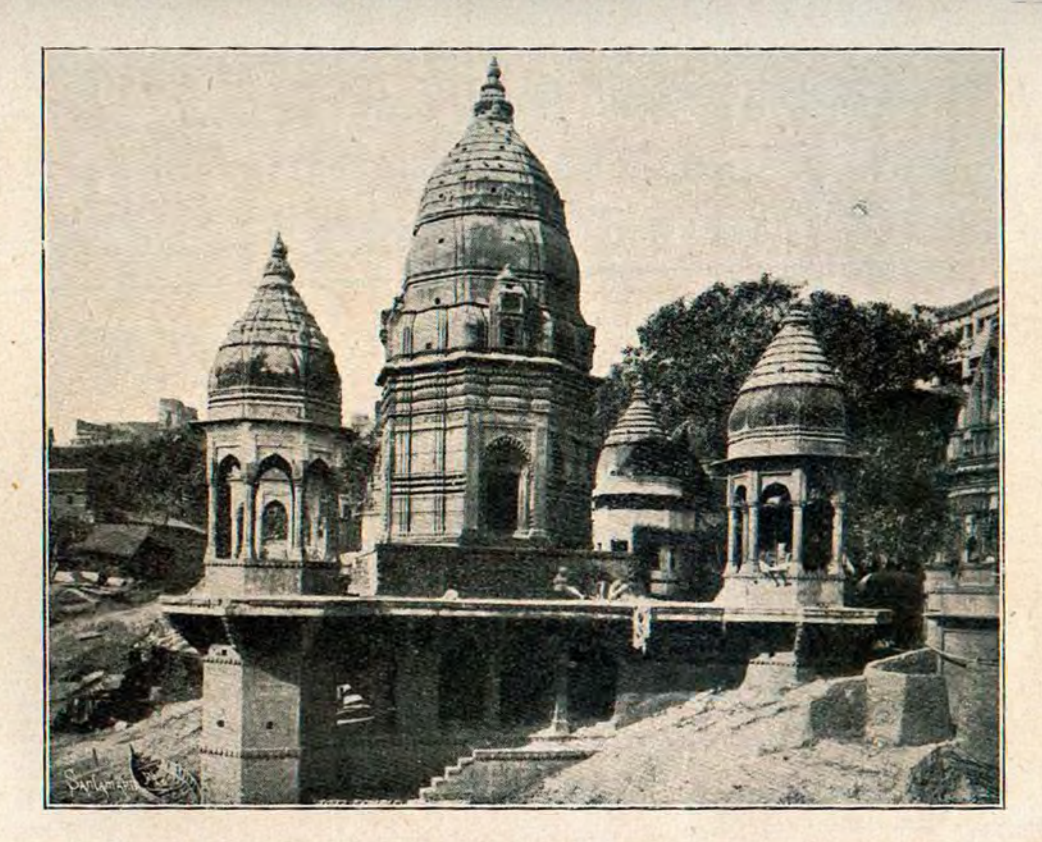
Nos fuimos el doctor Thibaut y yo á dar un paseo embarcados por el Ganges, toda una mañana, para ver aquel espectáculo único de las abluciones de ritual que hacen miles de piadosos indos. Oran acurrucados en los pontones de madera, resguardándose del sol con sombrillas y esteras tejidas con hojas de palmera. Después se meten en el agua hasta las rodillas, y lavan allí sus ropas golpeándolas en los escalones de piedra; los ascetas espolvorean sus cuerpos con cenizas; las mujeres pulimentan con arena sus vasijas de cobre hasta que brillan como el oro, y luego las llenan de agua del Ganges y se las llevan sobre la ca-

dera izquierda. En el *ghat*, donde se queman los muertos, había una multitud viendo arder las piras y á los que esperaban vez. El sol se elevaba reflejándose en los centelleantes cacharros de cobre, iluminando los vestidos rojos, los turbantes blancos, é inundando de luz á la multitud compacta que subía y bajaba por las anchas escaleras que conducen á las calles siempre llenas de gentes, mientras que extraños barcos, con la proa en forma de pavón, estaban amarrados á la orilla ó se deslizaban por la corriente. En ninguna parte del mundo se ve algo parecido á este singular aspecto que ofrece Benares la Santa al salir el sol.

Pero lo más extraordinario es que este mismo espectáculo se repite todos los días desde los tiempos más remotos, exactamente como se ve hoy, lo mismo que era cuando el Avatar de Krishna vivía entre los hombres, y quién sabe hasta cuando durará. La mano inexorable del tiempo ha descargado pesadamente sobre los palacios que orlan las orillas, de los cuales los más majestuosos ya se derrumban. Grandes y pesadas masas de construcción se han deslizado las unas sobre las otras, y sus cimientos han desaparecido bajo las aguas; el estuco se desprende de los muros dejando al descubierto los ladrillos. La gran mezquita que se destaca sobre todo, fué construída para el culto del islam con los sillares de los antiguos templos arrasados por los conquistadores.

El *ghat* de los muertos aparece horrible y triste; las piras se levantan sobre capas de detritus, y hasta los hombres de las castas elevadas que hacen sus oraciones, parece que en su mayor parte cumplen sus deberes devocionales maquinalmente, más con el propósito de que los vean los demás, que movidos por un profundo sentimiento religioso. El progreso occidental que ha robado á los pueblos su espiritualidad enriqueciéndolos, parece que ha escrito sobre este Santuario de los viejos arios: *Ichabo*. Él vacía los corazones llenando sus bolsillos.

Mis amigos me llevaron á ver á un célebre yogi, del cual no he anotado el nombre en mi diario. Estaba acurrucado en el patio triangular de una casa de la orilla del Ganges, y rodeado de unas cincuenta ó sesenta personas. Era un tipo arrogante, de venerable aspecto, que parecía sumido en la meditación, y á medias en trance. Su limpieza contrastaba agradablemente con la suciedad y el habitual abandono de los Sannyasis. Se me dijo que era sumamente versado en el sistema de Patanjali, y que se le consideraba, desde muchos años, como uno de los principales yogis de la India. Como yo era aún novicio en aquella tierra, creí cuanto me refirieron, y le testimonié mi respeto según la antigua usanza del país. Hablé un poco con sus discípulos y me fuí. Pero



BENARES.—Templo cerca del «ghat» donde se queman los cadáveres.

mis ilusiones se disiparon pronto, pues supe que se le había demandado ante los tribunales por un total de 70.000 rupias, y que pleiteaba defendiéndose enérgicamente. ¡Un yogi que pleitea por rupias es ciertamente anómalo! No creo necesario advertir que no volví por allí á verle.

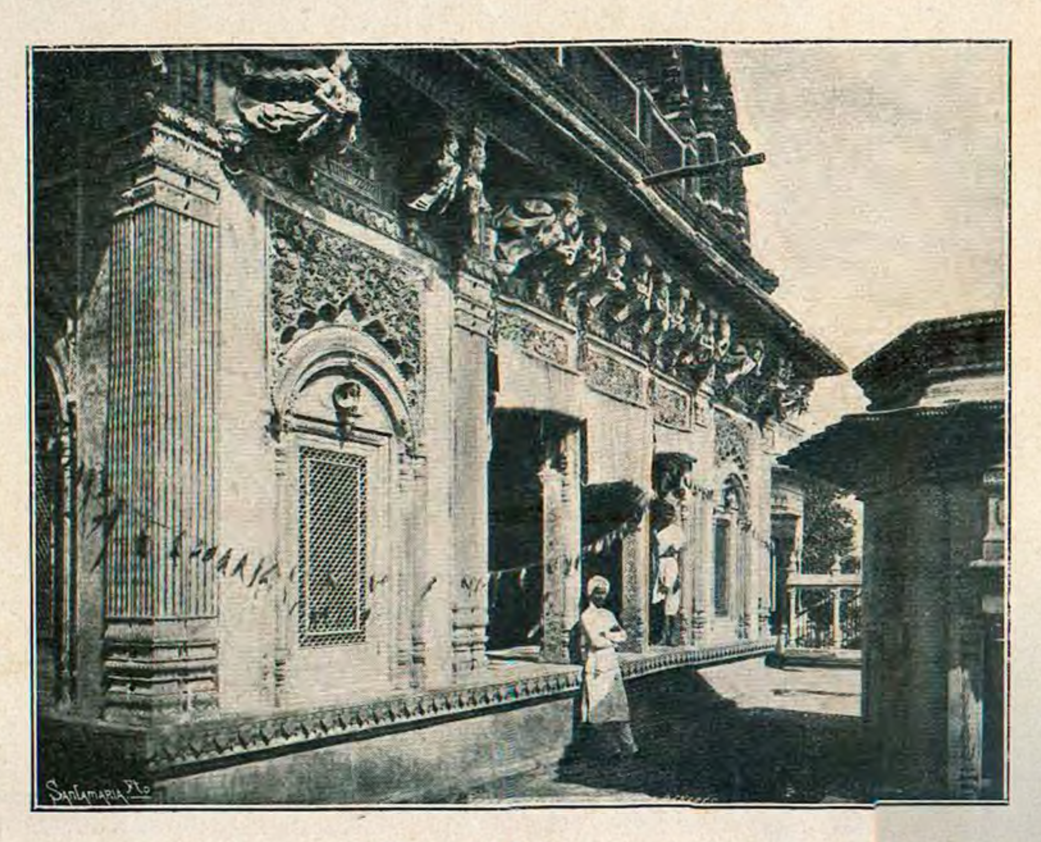
A la mañana siguiente vi por vez primera al Pandit Bala Shastri, á quien el doctor Thibaut consideraba como el primer sanscritista de la India. Era el guru de varios príncipes de los más nobles de la India, y gozaba de universal respeto. Ya murió, y esta ha sido una irreparable pérdida para el país. Quisiera que los eruditos de occidente le hubieran visto como yo le vi aquel día. Pálido, delgado, de mediana estatura, modales reposados y distinguidos, una expresión dulce y cautivadora, sin rastro de animalidad ni de sórdida pasión; la fisonomía de un poeta y de un sabio, que viviendo en el mundo del pensamiento no había estado en contacto con el mundo exterior. Los ojos negros, brillantes, dulces, sinceros, iluminaban aquel hermoso conjunto, cuya mirada, al recordarla después de diez y seis años, aún me cautiva. Le acompañaba otro pandit, bibliotecario del colegio de Benares, que tomó parte en la discusión. Yo hice todo lo posible por persuadirles de la urgente necesidad que había de iniciar un resurgimiento de la literatura sánscrita para hacer conocer al mundo cuanto encierra ella de precioso, en estos momentos en que todas las esperanzas espirituales parecen ahogadas por las olas del materialismo. Hasta llegué á decir á Bala Shastri que si la religión y la filosofía indas pasaban por un período de oscuración, en gran parte tenía él la culpa de este desastre, puesto que era más apto que nadie para oponerse á tal estado de cosas. Le propuse que nos asociáramos, él como representante de los pandits y yo como el de un cuerpo universal de propaganda; le supliqué que convocara á una asamblea de los principales pandits de Benares y que me autorizara para dirigirlos la palabra; consintió en ello y encargó de las gestiones preliminares á Pramada Dasa Mittra.

Llegó H. P. B. á las cuatro de Allahabad, y tuvimos un gran alegrón cual si hiciera mucho tiempo que no nos veíamos. Pasamos ocho días juntos en Benares, y durante todo ese tiempo vimos con frecuencia al viejo Maharajah, su séquito y á otros notables de la villa. Su alteza mandó á su secretario á la mañana siguiente, para informarse de la salud de H. P. B. y luego vino él en persona con dos intérpretes, pasando varias horas discutiendo con nosotros sobre asuntos religiosos y filosóficos. En otra ocasión trajo á su tesorero, y nos ofreció dar inmediatamente una respetable cantidad (varios millares de rupias) para nuestra So-

ciedad, si H. P. B. consentía en hacerle ver un milagro. Excuso decir que se negó á ello de igual modo que otras veces ya se había negado ante las ofertas de otros indos ricos, uno de ellos el difunto Sir Mungaldas, de Bombay; pero en cuanto se hubo ausentado el Maharajah, produjo varios fenómenos para satisfacer á los visitadores pobres que no habrían podido darla ni diez rupias. Sin embargo de esto, reveló al viejo príncipe un importante secreto para que encontrara unos papeles de familia que, si no recuerdo mal, se habían ocultado precipitadamente cuando la revolución. Tengo mis motivos para creer que el Maharajah, aunque contrariado, respetó mucho más á H. P. B. que si ella hubiera aceptado la oferta. El desinterés siempre se considera en la India como una prueba favorable de la piedad de los Maestros. El yogi de Lahore, que mostró su *samadhi* á Runjit Singh, perdió la confianza y respeto de este último por haber aceptado sus regalos. «Sin esto, me contó uno de sus antiguos criados en Lahore, el Maharajah le habría conservado en su compañía durante toda su vida y le habría venerado como á un santo.

Volví á dar el paseo matinal embarcado por el Ganges, acompañado de H. P. B.; pero esta vez hicimos atracar nuestro barco en el *ghat* de los Muertos, para poder observar toda la ceremonia de la incineración, desde el momento en que llega el cadáver y su último baño en el río hasta la dispersión de las cenizas en la corriente. Resulta un espectáculo demasiado realista, desprovisto de poesía y delicadeza, de tal suerte, que si la cremación hubiera sido introducida en Occidente bajo esta forma grosera, estoy seguro no se habría encontrado un segundo cadáver que quemar. El empleo del horno crematorio ha quitado á la operación todo lo que tiene de repugnante, y no es de extrañar que este modo de disponer de los muertos haya resultado tan popular en algunos lugares.

Aquel mismo día fuimos á ver una feria musulmana, donde tuvimos ocasión de apreciar el primer ejemplo de la extraordinaria destreza que adquieren los indos en el manejo del sable. Se tendía un hombre boca abajo con la barbilla apoyada sobre una guayaba, supongamos que era de grande como una pera regular. Otro hombre, vuelto de espaldas, imprimía á sus pies y á todo el cuerpo un ritmo al son del tam-tam, tenía en la mano un sable, que cortaba como una navaja de afeitar, que agitaba al compás; de pronto se vuelve, levanta el sable y corta por la mitad la guayaba que estaba debajo de la barbilla del otro. Aun hoy me causa escalofríos el considerar lo que ocurriría si se hubiese desviado el sable una décima de milímetro. La misma experiencia se repitió con limones que sostenía un hombre sobre el



BENARES.—Templo del Rajá Amethi.

talón del pie desnudo. Es preciso tener presente que el del sable está vuelto de espaldas y que no puede mirar sino cuando ya el sable está en el aire.

Se pasó el tiempo en conversaciones, conferencias públicas, visitas del Maharajah y de otros príncipes, y en excursiones á los templos y monumentos antiguos. Nos interesó bastante un tal Mohammed Arif que nos hizo una visita. Era un funcionario de uno de los tribunales de justicia y un sabio. Conocía á fondo la literatura del Islam y nos enseñó un cuadro que había hecho, en el que estaban inscriptos los nombres de unos mil quinientos adeptos célebres ó místicos, desde el profeta hasta nuestros días. También se ocupaba de alquimia, y, á petición mía, consintió en realizar una experiencia con mi auxilio. Trajo del mercado unos grandes *brattis* (tortas de boñiga de vaca, seca y prensada), un poco de carbón de madera y dos rupias de Jeypur, que son de plata pura, además de otros productos vegetales secos. Hizo un agujero pequeño en cada *bratti* y lo llenó de clavos de especia, de *ahindra* y de béchum (creo que *mirobolans)*; metió una rupia en uno de ellos y la cubrió con el otro *bratti* prendiendo fuego al de debajo. Lo mismo hizo con la otra rupia. Las boñigas ardieron lentamente y no estuvieron reducidas á cenizas hasta transcurridas dos horas. Entonces pasó las rupias á otro par de *brattis*, después á un tercero y ya abandonadas allí toda la noche. Debíamos encontrar por la mañana temprano las monedas totalmente oxidadas, el metal puro cambiado en óxido con la consistencia de la cal y convirtiéndose en polvo bajo la presión de los dedos. Pero no resultó la experiencia más que á medias, pues sólo estaba oxidada la superficie y el interior intacto. Poco satisfecho Mohammed Arif de este resultado, quería empezar de nueva en mejores condiciones, pero nos faltaba tiempo y no pudo realizarse antes de que dejáramos á Benares. Lo cierto es que se produjo una oxidación parcial que no me sé explicar, dados medios tan sencillos como el fuego lento de los seis *brattis* y unos pocos clavos de especia y otros vegetales parecidos. Aunque con el mayor respeto por los descubrimientos modernos de la ciencia, afirmaba que había mucho que aprender de los antiguos sobre la naturaleza de los simples y sus posibles combinaciones. «Es—decía—una teoría aceptada desde hace mucho tiempo por los alquimistas de la India que, si se reduce á polvo un diamante por un procedimiento que sólo ellos conocen, sus cenizas, mezcladas con estaño fundido, pueden cambiar ese estaño en plata. Claro está que la experiencia carece de interés comercial, puesto que el agente transformador es más costoso que el producto obtenido; pero es una idea sugestiva, porque si las cenizas de una sustan-

cia que contiene carbono, obtenidas por un procedimiento especial, son capaces de transformar el estaño en plata, cabe la duda de si las cenizas de una sustancia de composición muy semejante no darían el mismo resultado, procediendo convenientemente.»

....

Este viejo entusiasta hablaba el *urdu*, que me traducían admirablemente dos amigos, y mis conversaciones con él fueron lo más interesantes que jamás he oído de persona alguna. Parecía estar muy familiarizado con las literaturas persa y árabe, y su actitud digna se asemejaba á la de un noble erudito consagrado al estudio é investigación de la verdad. Le hice escribir sus ideas que publiqué, traducidas, en *The Theosophist* de Mayo de 1881, página 178. La última vez que estuve en Benares, supe que se había ido á vivir á un pueblo donde disfrutaba una pequeña pensión, y donde no había ni un individuo capaz de apreciar su erudición y grande inteligencia.

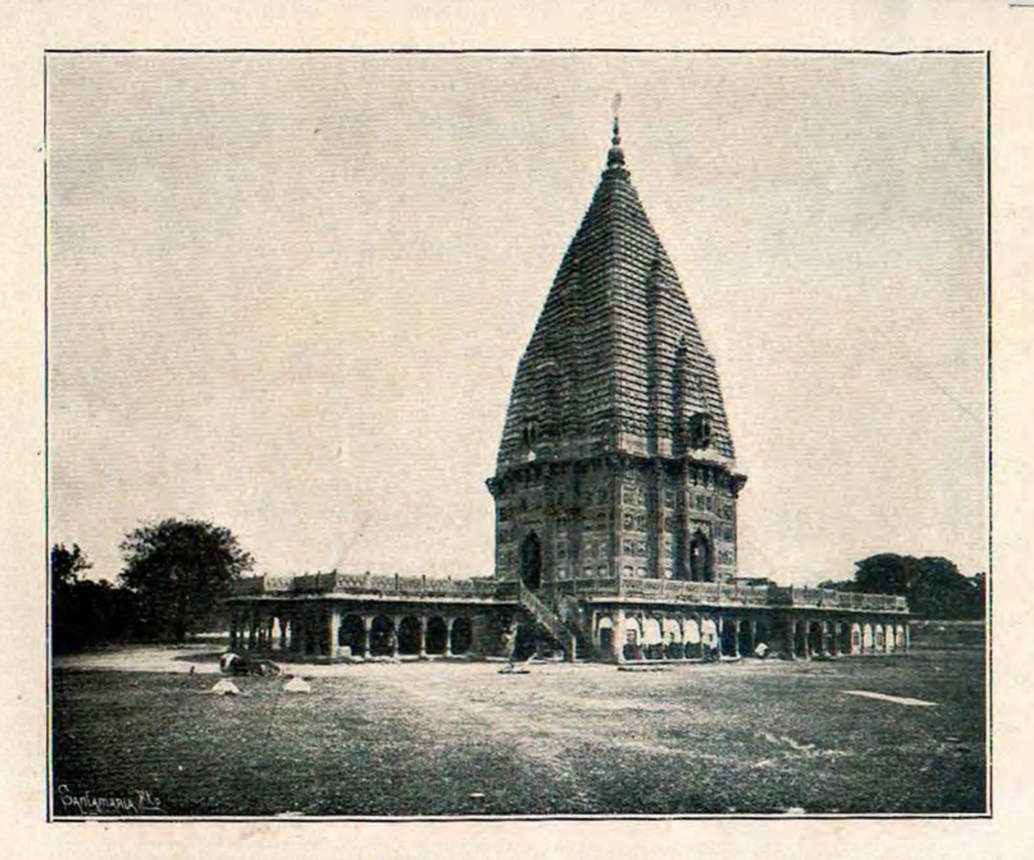
....

Nuestra estancia en Benares tocaba á su fin; enviamos nuestro equipaje á la estación mientras fuimos á Fort Ramanagar para despedirnos de nuestro venerable huésped, y darle las gracias por su hospitalidad. El viejo príncipe se mostró muy amable y afectuoso, suplicándonos volviéramos y aceptáramos su hospitalidad cuantas veces paráramos en Benares. Al salir puso en los hombros de H. P. B. un rico chal de cachemir que ella quiso «tocar y devolver», pero se mostró tan molesto por esta actitud, que ella cambió de opinión y le dió las gracias por medio del intérprete. A las seis de la tarde llegábamos á Allahabad, á casa de los Sinnett.

H. S. OLCOTT

ENSAYO SOBRE LA HEREJÍA DE LA INDIVIDUALIDAD

CON este nombre presenta el Buddhismo el problema de la substancialidad de la conciencia individual, con el que coincide el de la inmortalidad del alma, y punto capital de la enseñanza buddhista, pudiendo decirse de él que es la clave de la doctrina. En la apreciación de este punto es donde más radicalmente difieren la mentalidad inda y la europea, aunque la moderna ciencia occidental haya llegado al cabo de los siglos á la misma verdad, proclamada por la filosofía de la India mucho antes de



BENARES.—Templo de Ramanagar.

nacer nuestra civilización. Y es tal problema en el Buddhismo, este de la individualidad, porque hay aquí una, por lo menos aparente contradicción que paraliza el movimiento progresivo del espíritu en las penetralías del Dharma.

La contradicción se da entre la negación del *yo-substancia,* error que el Bienaventurado Buddha calificó de «herejía de la individualidad» *(sakkaya dhitti)* y la continuidad del sér evolucionante que implica la doctrina de la transmigración y la identidad entre el que siembra causas y el que recoge los efectos, que supone la doctrina del Karma, puntos en que descansa el Buddhismo.

Mr. Alberto Maybon dice que ya el Buddha había encontrado la antinomia, y trató de eludirla diciendo: «Mi doctrina es un camino entre dos; evito los extremos. No digo que la sensación es ó no distinta del sujeto de la sensación, que el sér vivo es ó no distinto del cuerpo, que el sér permanece ó no permanece idéntico al pasar de una existencia á otra; enseño la verdadera ley de salvación. El dolor de los renacimientos viene del acto que procede del deseo, y el deseo tiene por causa la ignorancia de las verdades de la salvación.»

* * *

Pero he aquí que el Santo Maestro ha hablado del asunto; los libros buddhistas abundan en expresiones como éstas: «no hay sér central, no hay eterno yo, no hay alma»; afirman en cada pasaje la impermanencia de toda formación, la naturaleza deleznable de los skandhas; proclaman constantemente que el sér vivo es un conjunto transitorio de fenómenos. El contenido interno de la primera Verdad Sublime, viene á ser esa suprema afirmación. De los cinco skandhas, ninguno es substancial ni permanente: el primero (cualidades materiales) es como una espuma que nace y gradualmente se desvanece; el segundo (sensaciones) son como las burbujas en la superficie de las aguas; el tercero (percepciones y juicios) se parecen al espejismo incierto de mediodía; el cuarto (disposiciones morales y mentales) recuerdan el tallo sin fuerza del llanten; el quinto (pensamientos) son un espectro, una ilusión mágica.

«¡Oh mendigos!—dice Gautama—de cualquier manera que los diferentes maestros contemplan el alma, imaginan que es

uno de los cinco skandhas ó su conjunto. Así es ¡oh mendigos! cómo el hombre que no se ha convertido y que no comprende la ley de los conversos, considera el alma como idéntica á las cualidades materiales, ó como si las poseyese, ó como si las contuviese, ó como si residiese en ellas y así sucesivamente, fijándose uno en pos de otro en los tres últimos skandhas. Concibiendo, pues, el alma de una manera de las dichas, llega á la idea—Yo soy—. De la sensación, por ejemplo, el hombre ignorante y sensual saca la noción—soy, este yo existe; seré ó no seré; tendré ó dejaré de tener cualidades materiales; estaré provisto ó desprovisto de ideas—. Pero el sabio discípulo de los hombres conversos, por más que posea los cinco órganos de los sentidos, habiéndose desembarazado de la ignorancia, ha llegado al saber. Por eso las ideas:—soy; este yo existe; seré, no seré—no se presentan ya jamás á su espíritu.»

La herejía de la individualidad consiste, pues, en la creencia en el yo-substancia, en tener á la conciencia, á la personalidad humana, como algo substancial y existente por sí, cuando no es más que una ilusión, operación de Maya. Esta creencia es un hecho mental necesario, bastante bien explicado en la actualidad.

Para la moderna Psicología el espíritu es un conjunto de fenómenos, de procesos mentales, de percepciones, sensaciones y afecciones, que nacen del contacto del sér vivo con el mundo externo, del tacto de los sentidos; y cuando el conjunto de elementos que constituyen el sér vivo, deja de actuar en el mundo como una unidad, aquella conciencia se disuelve. «El yo perceptual se forma por una serie de sensaciones orgánicas, y la imagen visual del propio cuerpo, recubierto todo de una afección. Hay también la idea verbal «yo» rodeada de una serie de experiencias sociales, profesionales, etc.; y el yo lógico término estenográfico al yo perceptual, al social, al profesional, etc. Una conciencia del yo es una conciencia en que el concepto ó idea del yo está presente en estado de atención, sirviendo de centro de asociación de otras ideas. La cuestión de la conciencia del yo se resuelve, pues, en la cuestión de cómo se forma el concepto y la idea del yo. El concepto abstracto de «uno mismo» es concepto, para el que no cabe duda que la forma *social* de la vida, y como resultado de esto el hecho de dar *nombres propios* á los individuos, son de las principales condiciones bajo

las que se forma. (E. Bradford Titchener, *Elementos de Psicología,* cap. XI, 93-94.)

El eminente sociólogo Giddins atribuye á la asociación antropogénica, ó de segundo grado, la creación del espíritu humano.

Una explicación positivista bastante extendida dice que el organismo viviente, y más particularmente el cerebro, atraen, por decirlo así, y condensan en último término la energía difundida en el Universo, y este fenómeno da lugar á la ilusión tan característica como inextirpable del yo. (Véase E. de Roberty, *El Psiquismo social.*)

En efecto, la idea y la conciencia del yo nacen del contacto con el mundo externo, con los objetos de percepción, y la concurrencia de los diversos procesos en el sér consciente, produce la ilusión de la individualidad.

Esta es, y no otra, la doctrina del Buddha. El coronel H. S. Olcott, en su *Catecismo Buddhista,* dice: «La negación del alma por Buddha se refiere á la engañosa creencia en una personalidad independiente y transmisible. Lo que hace ver es que la conciencia «yo soy yo» es, en cuanto á la permanencia, lógicamente imposible, toda vez que sus elementos constituyentes cambian constantemente, y que el yo de un nacimiento difiere del yo de cada uno de los demás nacimientos.» No hay, pues, duda alguna; pero como por otra parte la reencarnación es una necesidad lógica, ¿cómo se concilian ambas verdades?

* * *

Los investigadores europeos, para quienes esta cuestión, como la del Nirvâna, son escollos insuperables para la recta comprensión de la doctrina, se inclinan, por lo general, á la idea de que el Buddhismo niega radicalmente la existencia del alma y la vida futura. No se fijan en que esto implica la inutilidad del Dharma. El Bienaventurado ha dicho que la liberación se consigue por el vencimiento del deseo insaciable que lleva al hombre de nacimiento en nacimiento. Si el aniquilamiento absoluto aguardase á los seres vivientes en el momento de la muerte física, si el Nirvâna estuviese tan cerca y tan asequible, que se alcanzase sin esfuerzo alguno, no habría más que esperar la muerte, fuese buena ó mala la conducta, pesado ó

ligero el Karma, ó abreviar el camino por el suicidio, siguiendo el ejemplo de los gimnosofistas, sin necesidad de seguir las difíciles asperezas de la Óctuple vía. Con esto quedaría el Buddhismo desprovisto de su base ética, y reducido á una simple especulación sin objeto.

La incorregible inclinación de la mente occidental á las soluciones simplistas, le impide el acceso á las verdades supremas. El ilustre Sinnett expone en *El Buddhismo esotérico,* la manera deleznable que tiene Mr. Rhys Davids de solucionar este punto; cita este autor un pasaje del «Brahmajala Sutra», en que el Santo Maestro dice á los bikshus: «¡Mendicantes! aquello que ligaba al Maestro á la existencia, ha sido cortado, pero su cuerpo todavía queda; mientras su cuerpo permanece, es visto por los dioses y por los hombres, pero después de la disolución del cuerpo, ni los dioses ni los hombres lo verán.»

Pues bien, leído este texto, no puede caber duda alguna. Después de la disolución del cuerpo, ni los dioses ni los hombres verán al Maestro, porque aquello que le ligaba á la existencia ha sido cortado. Lo que ligaba al Maestro á la existencia era Tanha, la sed de existir, que impulsa á los hombres de nacimiento en nacimiento, buscando el contacto con las cosas sensibles, hasta la saciedad. Sólo cuando esta sed ha sido aniquilada y consumida, sólo cuando se ha anonadado este impulso, es cuando no se reconstruyen otras tiendas, cuando el Karma se detiene, cuando el sér, libre de las condiciones de la existencia, se pierde para siempre en la paz inefable del Nirvâna. Pero esto ha de ser conseguido por la doma de los sentidos, por la extinción de los deseos, por el vencimiento de la ilusión de la individualidad; y tal victoria necesita la experiencia acumulada de muchas vidas.

Mr. Rhys Davids, á quien la doctrina de la continuidad del Karma lleva á buscar la identidad entre el que siembra y el que recoge, dice que ésta se halla «en aquello que únicamente permanece después de la muerte de un hombre, y las partes constituyentes del sér sensible se disuelven en el resultado de sus acciones, palabras y pensamientos, en su Karma bueno ó malo, lo cual no muere...» «El resultado de lo que un hombre es ó hace no se disipa, por decirlo así, en muchas corrientes separadas, sino que se concentra en la formación de un nuevo sér sensible; es decir, nuevo en sus partes constituyentes y en sus fa-

cultades, pero permaneciendo el mismo en su ciencia, en su sér, en su acción, en su Karma.»

A primera vista parece abstrusa é ininteligible esta explicación; en ella el autor inglés no hace más que exponer en términos occidentales, ideas contenidas en los textos buddhistas, y es preciso tener en cuenta, sobre la limitación insuperable del lenguaje humano para expresar ciertos conceptos, la dificultad de la traducción de las fórmulas originales indas, en lenguas poco dúctiles y que carecen de expresiones adecuadas. El texto citado dice que de nacimiento en nacimiento el hombre permanece él mismo en su sér; el sér de una cosa es su vida, su acción, su Karma; y en su ciencia, lo cual pudiera referirse á la conciencia personal, en el sentido de que, si bien se ha disuelto más ó menos inmediatamente de la muerte física, permanece y es transferida al nuevo sér sensible en su acción, es decir, en el Karma, que es en lo que se ha convertido. Por eso se dice que las partes constituyentes del sér sensible (skandhas) se disuelven en el resultado de sus acciones, palabras y pensamientos. De modo que de aquella individualidad es únicamente el Karma lo que permanece. Esto, es claro, dicho así, es un incomprensible misterio. ¿En virtud de qué ley, el Karma que en su vida dispersó el hombre, se concentra en un nuevo sér? ¿Cómo un conjunto de acciones conserva en sí el sér y la ciencia del que lo produjo? Sería esto inexplicable, de no haber un núcleo central, en torno del cual ese Karma gravitase.

* * *

Ese núcleo es Buddhi. El coronel Olcott, después de hacer notar cómo en una sucesión de personalidades persiste un único hilo de vida en el que se ensartan aquéllas como las cuentas de un rosario, propone se llame *personalidad* al sér determinado de cada nacimiento, é *individualidad* á aquella ininterrumpida ondulación de vida que se transmite de personalidad en personalidad, cuyas expresiones son corrientes en el lenguaje teosófico. Esto puede ocasionar un concepto erróneo de la transmigración; sabido es lo que influyen las palabras en la formación de todos los conceptos.

No hay sino una ondulación universal de vida, y esta es Buddhi, vehículo de la difusión del Atmâ indeterminada en

todas las cosas de todos los universos. Buddhi es un principio universal, sin sombra de individuación: Atmâ-Buddhi es lo que en lenguaje esotérico se llama la Vida Una Pues bien, se dice que lo que se reencarna es Buddhi con una nueva conciencia. La ondulación de vida á la que Mr. Olcott llama individualidad, no se refiere á Buddhi, sino á Manas, el quinto principio del Buddhismo esotérico, al que H. P. Blavatsky llamó el eterno peregrino. Esto no puede ser sino un modo de hablar de los primeros propagadores de la Doctrina esotérica; pero el empleo continuo de las expresiones: *Manas* y *Alma individual*, parece haber producido en los que se dedican á estos estudios, un hábito mental que los ha llevado á la idea de la substancialidad de Manas, esto es, á la herejía de la individualidad. Ni H. P. Blavatsky, ni Mr. Olcott, pueden haberse querido referir á este quinto principio como una ondulación substancial de vida.

Manas, el más ilusorio de los principios del hombre, calificado por el Bienaventurado Buddha, de espectro, de ilusión mágica, es un puro concepto lógico, sin realidad en el mundo del espíritu, ni en el de las formas, sino tan sólo en cuanto es pensado por nosotros, es decir, una idea-forma, producto de la abstracción, como otras tantas que integran la conciencia personal; y, en cuanto significa individualidad, es límite, upadhi, espejismo. Las ideas no son más que el reflejo del Universo en el espíritu humano, es decir, la apariencia de una apariencia, y Manas es la representación mental de la manera como Buddhi se proyecta en el mundo de las formas, manifestándose en una serie determinada de personalidades. Mientras Atmâ-Buddhi es atraída á un conjunto organizado de los cinco skandhas, en virtud del deseo insaciable, éste es conocido como tal sér viviente, consciente de sí mismo, y Manas es aquella subjetividad; cuando la organización de los skandhas se ha descompuesto, aquel sér perece, la conciencia se disuelve, y tan sólo queda el Karma que, conservando la atracción del centro manásico que lo produjo, se concentra para llamar nuevamente á Buddhi á la generación. Tal es, en pocas palabras, el proceso transmigratorio de la onda de la vida. No puede negarse que Manas, contemplado desde la conciencia física, ejerce sobre nosotros una ineludible fascinación que basta para explicar el concepto del alma individual, y aun las añejas ideas sobre la inmortalidad del alma; pero el Arhat, que en su clarividencia ha analiza-

do prolijamente la naturaleza de los skandhas, que ha visto cuán ilusorios y perecederos son todos estos espejismos de la materia, y se ha elevado por la contemplación á la conciencia búdhica, ese ya sabe cuánto puede fiarse de la ilusión de Manas, y no será alucinado por la herejía de la individualidad.

Todo lo mundano es perecedero. El espíritu humano cegado por las sugestiones del mundo de las formas, puede aferrarse al error y construir en su mente mil subterfugios para sostenerlo; pero la verdad proclamada por Buddha no morirá nunca, y ha de triunfar de todas las alucinaciones, de todas las doctrinas falsas. La herejía de la individualidad será vencida, dondequiera que los hombres abran sus espíritus á la luz salvadora del Dharma.

Vicente RISCO

Orense, 1911.

VISLUMBRES

La Vida se caracteriza por su *espontaneidad;* la Forma, por su *necesidad.* Por eso, la primera es libertad y la segunda esclavitud. Por eso, la primera es espiritual, y material la segunda. Por eso es divina la primera, y la segunda humana. Por eso, la plenitud de la Vida se ha de realizar en *Dios*, y se ha de realizar en la *Naturaleza* la plenitud de la Forma.

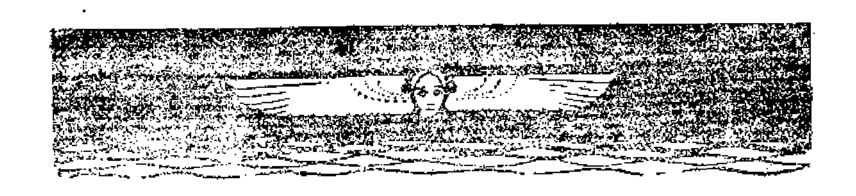
—

La esencia del *alma* es mutación (cambio); la del *espíritu*, persistencia (fijación). Ella es la *visión;* Él, el *vidente.* ¡De su mística unión nace la Suprema Bienaventuranza! ¡Del maridaje perfecto de *Lo fijo* con *Lo volátil*, nace la Grande Obra!

—

La retribución del placer consiste en el dolor, y viceversa.

J. PLANA Y DORCA
M. S. T.



EN EL CREPÚSCULO

En 1905—dice el Superintendente—mi amigo, Mr. P. V. Râmsvâmi Râju, licenciado en derecho, y Mr. Conjiveram Shrînivâsâ Charlu, que era un ilustrado *pandit* sánscrito, salieron juntos en peregrinación á la cordillera Himaláica, en la cual deseaban pasar unos meses. Recorrieron por ferrocarril hasta el fin de la línea, prosiguiendo entonces su camino á pie. Dejaron atrás su equipaje, llevando consigo únicamente lo preciso, en víveres y ropa, con dos criados para el transporte de éstos. Siguieron la margen del Ganges por más de quince días, descansando de noche donde quiera que hallaban un albergue.

Era tan grandioso el paisaje, que apenas se daban cuenta de las fatigas del camino. Deliciosas frutas de variadas especies se les ofrecían al alcance de la mano; y los pastorcillos que de cuando en cuando encontraban, suministraban á los viajeros leche gratis, de manera que éstos no tropezaban con dificultad alguna para su alimentación.

Al reanudar la marcha una mañana, encontraron un individuo alto, de majestuoso continente. Esperaban que éste, en lugar tan solitario, se parase á hablar con ellos; pero no les hizo caso. Avanzó más allá del lugar en que estaban, quiebra el hielo, se zambulle en las aguas sagradas del Ganges, sale y se dispone á continuar su camino. Mr. Râju, incitado por la curiosidad respecto á este desconocido, se dirigió á él para pedirle algunos informes sobre el camino, obteniendo esta respuesta: «No os conviene ir mucho más lejos; la parte inferior de esa roca que véis allí, será vuestro límite extremo.»

Se despidió con estas palabras, alejándose muy rápidamente y pareciendo saltar por encima de la enorme roca. Al ver esto, nuestros amigos le siguieron, probando con todas sus fuerzas el saltar sobre la roca, como lo había hecho el desconocido, pero inútilmente. Reconociendo el terreno, vieron una quebrada que se extendía paralela á la roca, por la cual recorrieron algunas millas.

Después de algún tiempo llegaron á una cabaña en la cual

decidieron pasar la noche, pues ya estaba oscureciendo y se sentian muy fatigados. Los víveres habiánseles agotado por completo, y no sabían á dónde recurrir en busca de fruta ó leche en este aparente desierto. En el momento que se acostaban, con hambre, un desconocido, tan majestuoso como aquel que habían visto por la mañana, entró en la choza. Parecióles muy servicial, les llevó leche y frutas, ofreciendo ayudarles en todo lo que desearan.

Sintióse tan mal de repente el *pandit*, que no podía fácilmente incorporarse en su asiento. Cuando esto vió el recién llegado, salió, volviendo en seguida con el zumo de unas hierbas, el cual dió al *pandit* junto con las direcciones para usarlo como linimento. Hizo el *pandit* lo que se le indicaba, y en pocos minutos se halló milagrosamente curado. Ya satisfechas el hambre y la sed, con gratitud se retiraron nuestros amigos á descansar.

Despertaron muy repuestos al otro día, y, acabadas sus abluciones matinales, emprendieron de nuevo las exploraciones. Continuaron hasta que los pies les dolían, y cuando procuraban un lugar adecuado en donde sentarse á descansar, observaron un recodo que parecía ser un sendero muy frecuentado. Siguieron por éste inmediatamente, y descubrieron que conducía á un precioso estanque, en el cual yacían por todos lados gradas ó escalones de granito. El agua era clara como un cristal; nuestros amigos bebieron de ella con reconocimiento, lavándose también pies y manos. Sintiéndose rejuvenecido, el *pandit* se sentó, iniciando una salmodia, cuyo canto produjo inmediatamente un resultado inopinado, pues llamó la atención más de lo que era de suponer. Un hombre de dorada tez y larga cabellera negra los sorprendió, pidiéndoles una explicación perentoria de su intrusión. No les admitió excusas de ningún género, sino que, por el contrario, les dijo que estaban turbando la paz de aquel lugar y que se marchasen al instante.

Aunque rehacios para dejar tan bello paraje, no se atrevían á desobedecerle; por cuya razón se dispusieron á partir. A las preguntas que le dirigieron, díjoles que si deseaban saber más respecto de aquel lugar, que tornasen á ir un día de *Shivarâtrî*. Advirtiendo al hablarles, el aspecto cansado de los viajeros, el extraño personaje sacó de debajo de su túnica una raiz y la expuso al sol. Tal exposición hizo á aquélla convertirse en harina, la cual les dió á comer, diciéndoles que satisfaría su hambre de tal manera, que por dos días no les era preciso otro alimento. Antes de comer, nuestros viajeros intentaron bañarse de pies y manos en el estanque, pero el desconocido les advirtió que solamente debían verter agua sobre sus manos, y no introducir en ella los pies. En seguida comieron el alimento que aquél les ha-

bia dado, y con éste y el agua vivificadora, se hallaron dispuestos á emprender el viaje de regreso.

Conversando de las cosas singulares que habían presenciado, caminaron hasta las tres de la tarde que se tropezaron con otra choza sobre la margen Sur del Ganges, en la cual determinaron acampar aquella noche. Estando muy fatigado, Mr. Ráju se retiró inmediatamente á descansar, cayendo en un profundo sueño. Sin embargo, el *pandit* todavía no se hallaba dispuesto á dormir yéndose á sentar cerca del rio donde principió á recitar algunos textos de los Vedas. También esta vez su recitación produjo efecto, pues uno de los reclusos de la montaña apareció ante él y tomó asiento á su lado. Díjole éste al *pandit* que prosiguiera su canto, y hasta le mandó que recitase algunos trozos determinados. Parecía agradarle mucho la salmodia, entablando conversación con el *pandit* cuando aquélla terminó.

Manifestaba este último su deleite ante las naturales bellezas de aquel glorioso paisaje que les circundaba, aludiendo especialmente al portentoso pico de la montaña que se alza al lado opuesto del río, cuando el desconocido, viendo los ojos del *pandit* fijos, inmutables sobre aquella cima, le preguntó si quería subir á ella á fin de contemplar los alrededores á vista de pájaro. Sabiendo que aquel pico es la residencia de esta rara comunidad, de la cual acababa él de ver tres miembros, nuestro amigo respondió modestamente, que era demasiado tal honor para él merecerle. Sin embargo, el desconocido mandóle cerrar los ojos y recitar en silencio el *Gâyatrî*. Hizo aquél como se le indicaba, y al abrir de nuevo los ojos, se hallaba en la cúspide del cerro con su nuevo amigo.

Describia aquel panorama el *pandit* de belleza sobre toda expresión; y allá, en lo alto, pasaron una hora feliz de recitación y plática. A la sazón, empezaba á oscurecer y otra vez el desconocido le pidió al *pandit* que recitara el *Gâyatrî* con los ojos cerrados. Cuando los volvió á abrir, de nuevo se encontró á la orilla del río, en compañía del desconocido. Creería no haberse apartado de aquel lugar, que habia caído en trance y viajado en cuerpo astral, á no ser por el hecho de que, durante su ausencia, su amigo el licenciado se despertó, y saliendo en su busca, no pudo dar con él. Esto ocasionó una gran inquietud á Mr. Râju, creyendo que alguna fiera se lo habia llevado; andaba aturdido, de una parte á otra, buscando á su amigo en todas direcciones. Repentinamente, le vió á la orilla del río, en donde ya había mirado una docena de veces. Lleno de alegria, se precipitó hacia él ávidamente, preguntándole en qué lugar habia estado.

Poco antes, cuando estaban en el pico, el desconocido exigió

del *pandit* la promesa de que no referiría á nadie su aventura, por cuya razón, se hallaba ahora en un apuro, y dirigió una mirada á su nuevo amigo, á fin de saber qué hacer. El desconocido, comprendiendo lo difícil de la situación, le autorizó para que contara á su compañero lo que había pasado. Esta relación afectó á Mr. Râju de la manera más extraordinaria; despertó en él la envidia violentamente y con tal enojo, que en aquel momento acusaba de ingratitud á su amigo el *pandit*, y rogaba al desconocido que hiciese extensivo á él el mismo privilegio que tan espontáneamente concediera á su compañero. Respondióle tranquilamente el desconocido, que primero era preciso que destruyese la parte râjásica de su naturaleza y que matara su curiosidad por conocer cosas que nada le incumbían.

En su conversación sobre el pico, el desconocido le preguntó al *pandit* si quería determinarse á pasar el resto de su vida con aquella comunidad de ascetas; y muy tenazmente le aconsejaba hacer así, afirmando que si dejaba perder aquella admirablemente buena oportunidad que su karma le ofrecía, era difícil que otra igual se le presentara. Sin embargo, el *pandit* no estaba del todo preparado para esto.

Estaba versado únicamente en los conocimientos de los libros, más sujeto á cierta rutina en aquello que él consideraba como deberes, siendo el más importante de todos—decía—para con su madre y con su amigo y bienhechor, Mr. Râju, el cual le había ayudado en todas sus necesidades por espacio de veinte años y á cuya liberalidad hasta debía la oportunidad de aquella señalada experiencia.

Díjole el desconocido que deberes de tal naturaleza no tenían la suficiente importancia para impedir que él aprovechase una oportunidad como aquélla. Aseguró, además, el desconocido, que tendría poder para ver á su madre siempre que en ella pensara, y que él garantizaba que su amigo sería custodiado en su viaje solitario y guiado con seguridad hasta su casa. No obstante, el *pandit* no pudo abandonar su idea del deber, y aún sostuvo su negativa, para dolor de su amigo y consejero. El *pandit* murió hace quince días, abandonando tras sí á su anciana madre, cuya edad alcanza ahora los ochenta y cinco años: así que, después de todo, no pudo cumplir hasta el fin, como él entendía, su deber para con ella.

Me parece—concluye el Superintendente—que la vida de este *pandit* servirá de lección á aquellos que desean entrar en el Sendero, mostrándoles que la sumisión debe ser completa é incondicional, y sin pensamientos de madre, hijo ó amigo que se le interpongan. De lo contrario, la vida será un vacío, que sólo en-

cierra un futuro de amargura y tribulación; y primero que llegue otra oportunidad semejante, ¿quién sabe con cuántas dificultades tendrá que luchar?

Aunque enteramente de acuerdo—dice el Pastor—con la conclusión aceptada de que hemos de estar prontos á abandonarlo todo, cueste lo que cueste, creo que no debemos criticar la decisión del *pandit*. Si, por ejemplo, un hombre se casa y tiene familia é hijos, se ha creado un karma, indiscutiblemente, que tiene el deber de agotar; y no sería justo que abandonase aquéllos por seguir una imaginaria bienandanza para sí mismo. Nadie obliga al hombre á tener esposa é hijos, pero una vez que opta por tenerlos, asume la responsabilidad del sustento de éstos, lo cual no tiene derecho de ignorar. Tal vez este *pandit* se creía en iguales circunstancias con respecto á su madre, sin poder prever, naturalmente, que después de todo habría de morir él antes que ella; bien que, aun cuando lo hubiera previsto, tampoco le hubiera importado en cuanto á la cuestión del deber. Sin embargo, me parece que sin hacer violencia alguna á su conciencia, el *pandit* habría podido llevar á efecto su compromiso. Volviendo á donde su amigo el licenciado y explicándole todas las circunstancias, haberle pedido que completase su cariñosa protección, haciéndose cargo de su anciana madre por el resto de sus días. En tales circunstancias, habría sido poco probable que el licenciado rehusara hacerlo, y entonces el *pandit* habría quedado en libertad para aceptar el ofrecimiento del asceta. Pero debemos de notar también, que aun aceptado, nada nos prueba que sería capaz de entrar en el Sendero y hasta que el desconocido mismo ya lo había hecho.

—El Señor Buddha dejó su esposa é hijo—interpone alguien.

—Sí—repuso el Pastor—si hemos de creer la historia que los libros nos cuentan; pero en aquel caso no existía problema alguno en cuanto á su debida manutención.

—No parece que los miembros de esa comunidad fueran adeptos precisamente—observa un estudiante.

—Nada prueba que lo fueran, ciertamente—replica el Pastor—y parece apenas probable. Empero, pudieran ser discípulos de un Adepto, ó sencillamente una congregación de ascetas que se habían consagrado á los estudios más elevados y conocían algo de los misterios de la naturaleza. Hay, que yo sepa, algunas comunidades semejantes en los Himâlayas; y tal vez sean muchas las que allí existen.

—Yo mismo he oído al *pandit* referir esa historia—advierte Gurudâsa—y sabiendo que era un hombre bueno y honorable, no podría dejar de darle crédito. Pero ¿cómo es posible que fuera

transportado su cuerpo físico por el aire, en la forma descrita? Es decir, ¿en qué consiste el mecanismo de esta operación?

—El asunto no es difícil—responde el Pastor—y aún existen varios medios por los cuales se puede llevar á cabo. Conocéis, naturalmente, la posibilidad de la levitación, por cuanto esa facultad ha sido atribuída á varios yogîs; recuerdo que el Coronel Olcott, describe un acto de esa naturaleza, que vió ejecutar una vez á un Lama del Tíbet.

—Sí—dice Gurudâsa—, pero éste se levantó únicamente á sí mismo. No transportaba, al propio tiempo, á otro hombre.

—Eso—alega el Pastor no hubiera presentado ninguna dificultad. Pudo haber formado, por ejemplo, una especie de cojín de éter; y transmutando en seguida la polaridad de éste, cargarle de esa fuerza repulsiva que es opuesta á la gravedad. En este caso, habría podido alzar, sentado encima, al *pandit* y transportarle sin la más ligera dificultad.

—Yo mismo—exclama el Tahsildar—tuve una experiencia que corrobora lo que acaban de referir: Estaba una vez pasando la noche junto con un yogî en una casa cerca del río. Despertándome durante la noche, mi compañero me dijo que estaba al romper el día y me invitó para descender con él al río. Acepté, pero pronto me dí cuenta de que todavía estaba lejos la hora de amanecer, pues estaba muy oscuro y no pasaría de las tres de la madrugada. No obstante, le acompañé y sentándonos á la orilla del río, entramos en meditación.

Después de un rato, me dijo que cerrase los ojos y no los volviera á abrir hasta que él me diera permiso. Obedecí; pero no aconteciendo nada nuevo en un considerable período de tiempo, empecé á sentir temor, y por fin, sin aguardar la orden, abrí los ojos. ¡Cuál sería mi sorpresa al ver que había desaparecido! Cuya rara circunstancia, agravada por la soledad del lugar y la oscuridad nocturna, me puso sumamente inquieto y me hacía observar en todas direcciones nerviosamente, sin que pudiese descubrir ni las señales de él. Algo me hizo alzar la vista al espacio y distintamente le ví flotando en el aire, por encima de mi cabeza. Este fenómeno, más bien que alivio, me produjo todavía mayor inquietud; mas, de allí á poco, bajó, y sentándose tranquilamente otra vez á mi lado, me preguntó: ¿Por qué tenía usted tanto miedo? No supe qué decir; no me explicaba el por qué de haber sentido tal terror, pero en seguida le pregunté si quería elevarse de nuevo y subirme consigo. Respondió al instante afirmativamente, con tal que me comprometiera á no sentir miedo.

—Cabalmente—interrumpe el Pastor—teniendo miedo, habría usted caído.

—Sí—concluye el Tahsildar—eso es justamente lo que me dijo el yogî; por cuya razón, no quise hacer la prueba.

—Mas ¿por qué había de caer si tenía miedo?—inquiere Gurudâsa.

—Porque el miedo destruye la voluntad—replica el Pastor—de manera que arruina constantemente toda ceremonia mágica. Empero, en el presente caso, la voluntad del Tahsildar apenas entraba en cuenta, puesto que toda la parte mágica de la operación hubiera estado á cargo del yogî. Pero si éste construye el cojín de materia etérica antes sugerido, es completamente seguro que la perturbación violenta de los cuerpos astral y etérico del Tahsildar, le habría destruído, si éste se entrega al terror.

Para hacer experiencias de magia práctica, es indispensable una cabeza segura; y de no poseer esta inestimable característica, mucho mejor es dejar aquélla rigurosamente en paz.

(Traducido de *The Theosophist* por J. V. C.)

EXTRACTOS DEL LIBRO

TRES AÑOS EN EL TÍBET

del

SHRAMANA EKAI KAWAGUCHI

último Rector del Monasterio Gohyakurakan, en el Japón.

CONTINUACIÓN (1)

La sed devorante que experimenté después de este segundo chasco, huelga descripción. Decir que sentía como si todo mi sistema interno se chamuscaba, es decir poco. Por grande que fuese el tormento, sin embargo no me quedaba otro remedio que ir adelante con la esperanza de encontrar agua; pero la esperanza también se me perdía. Comprendía que me tenía que morir de sed precisamente, si antes de pasar otra noche sin agua no me fuese dado beber. Pero, gracias al cielo, hacia las once llegué á la vista de una pendiente y, sea lo que fuere, no dudé que en el fondo encontrase agua esta vez. ¡Alabado sea Buddha! Era cierto, agua había allí; pero ¡ay de mí, qué agua! Deshacerme de mi carga, coger un tazón de madera y correr hacia el hueco fué obra de un momento. Pero resultó que esta agua era de un tinte bermejo, espesa y, cosa peor, avivada con millares de pequeños organis-

(1) Véase Sophia, 1911, pág. 602.

mos. En suma: era un charco de agua estancada que muy bien podía hallarse desde años pútrida. Héme aquí muerto de sed y sin poder beber. Además, mis escrúpulos religiosos me prohibían beber agua con cosa que tuviese vida dentro. Pronto me vino á la memoria, sin embargo, una enseñanza del Buddha bendito, en la que el Señor dice que cuando el agua contuviere cosa alguna con vida, debe, antes de beberse, pasarse por una pieza de tejido. Así lo hice, y aunque el color quedó igual, sorbí largamente el líquido bermejo. ¡Oh, aquel sorbo desalterante, cuán delicioso fué! Pero un segundo sorbo ¡no! no pude. Encendí un fuego en la forma que solía hacerlo, y me preparé á hervir aquella agua filtrada. Era cerca de las doce y el cazo aún no hervía; mas teniendo por regla impuesta, como ya indiqué antes, el no tomar alimento alguno pasado mediodía, me preparé un cocimiento de harina con el agua roja aún tibia. Y aquella merienda fué una de las más agradables que tuve en el Tíbet.

Había andado por el desierto arenoso unas dos millas y media después de esta memorable merienda, y eran ya las tres de la tarde cuando se levantó una terrible tempestad de arena. Una tempestad de arena es cosa que no se ve ni puede nadie formarse idea de lo que es en el Japón. Al sucederse con violencia ráfaga tras ráfaga de viento, la arena suelta surgía positivamente en forma de extensas oleadas, alzándose, tumbándose con estrépito, rodando en remolino y barriendo por delante como las olas irritadas del poderoso Océano. El viento ahoyaba profundamente el suelo aquí y formaba altos collados de arena más allá, llenando el aire de partículas que cegaban los ojos, se depositaban en montones sobre el equipaje, penetraban en el cuello é imposibilitaban la marcha, mientras que el quedarse parado era exponerse á ser enterrado vivo. No sabiendo qué hacer, permanecí en continua moción sólo para sacudir la carga de arena y evitar quedarme sepultado, sin dejar de recitar en silencio trozos de los Textos Sagrados.

J. FERMAUD

(Continuará.)

CARTA PRESIDENCIAL

MIS QUERIDOS AMIGOS:

Aquí, en Adyar, estamos en plena campaña de invierno. Las «Cámaras Leadbeater»—espléndido donativo de Mr. Harvey al

Cuartel General de la S. T.—están ya terminadas, y todas (excepto dos) están ocupadas desde hace dos semanas. Esto ofrece un conjunto cosmopolita de estudiantes: ingleses, americanos, franceses, bohemos, rusos, polacos, alemanes, daneses, holandeses, neozelandeses, australianos. Todos moran aquí, además de muchos indos, un noruego y un italiano, haciendo un total de catorce naciones, ó, mejor dicho, quince si me cuento yo, que soy de sangre irlandesa. ¡Qué hermosa enseñanza se desprende de esto para todos y cada uno de ellos desarrollando la simpatía y limando los prejuicios nacionales! Aquí formamos una Sociedad Teosófica en miniatura, sin diferencias de razas, credos, sexos, castas y color.

Acabamos de tener una brillante conferencia E. S. Cerca de 300 miembros vinieron de toda la provincia, así como de Travancore y Cochin. Hablamos Mr. Leadbeater y yo sobre un mismo tema, y terminó la reunión con un discurso público que pronuncié yo sobre los «Avataras y Richis». Había una gran expectación, que me sorprendió mucho, pues sólo se había publicado una concisa noticia en el *Mail* y el *Standard*.

De todas partes llegan las Memorias repletas de noticias entusiastas. Por todo el mundo se extiende la Sociedad Teosófica, y en su historia jamás apareció tan potente, numerosa y unida.

La crisis por que ha pasado la han separado de sus miembros débiles, y ya no se siente embarazada por aquella masa de semiadherentes. El número de aquellos miembros verdaderamente adictos de los primeros tiempos ha aumentado considerablemente, y se ve que cada vez más se acercan á la vida espiritual.

Todo esto se debe al nuevo impulso de vida y fuerza que se ofreció á la S. T. en 1910, anunciado en mi discurso presidencial de 1908, promesa que se ha cumplido con creces. La iniciación en la Fraternidad Blanca de nuestro muy querido y joven hermano Alcione, ocurrida aquel año, abre una nueva puerta por donde penetra en la Sociedad la corriente de vida superior, flujo que continúa constante á través de ella, aumentando en fuerza y cantidad. Su objeto consiste en colocar á la Sociedad como heraldo del futuro Instructor del mundo, en una posición influyente y honorable para que el mensaje que se le ha confiado pueda ser difundido en un mundo de suyo indiferente.

La «Orden de la Estrella de Oriente» ha sido creada para reunir en un cuerpo á todos los que, sean ó no de la Sociedad Teosófica, esperen la venida de un Instructor del mundo y tengan el gusto de participar del glorioso privilegio de preparar el camino del Señor. Donde quiera que veamos brillar la pequeña Estrella de plata, sabremos que resplandece sobre un corazón que late

lleno de esperanzas y alegría. Todos los miembros de la Sociedad Teosófica que crean en su venida pueden llevar la estrella de plata, pues no podemos permanecer como gentes menos instruídas que los no teosofistas.

Por lo tanto, hermanas y hermanos, trabajad bien y vigorosamente; estudiad concienzudamente para que podáis enseñar á los que no estudien; desead que vuestra buena voluntad alcance á todos y bendecid hasta al ingrato y al malo; cooperad con la Naturaleza en la gran obra de la evolución y utilizad sus leyes en provecho vuestro y de todo lo que os rodea. Que la paz de los Maestros sea con vosotros y que su sabiduría guíe vuestros pasos.

Vuestra fiel servidora,

Annie BESANT.
Presidente de la Sociedad Teosófica.

Adyar, Noviembre de 1911.

Ceremonia de Iniciación en la Sociedad Teosófica (1)

NOTA. El uso de ésta (ú otra) fórmula ceremonial para la admisión es en absoluto facultativo en la Sección de Inglaterra y país de Gales. Únicamente podrá emplearse con el consentimiento de la Logia y el deseo del candidato á la admisión. El derecho de efectuar la Ceremonia de Iniciación en la Sociedad Teosófica, radica en el Presidente de la Sociedad Teosófica, en el Secretario General de la Sección ó Sociedad Nacional (ó aquellos especialmente autorizados por ellos) y en los Presidentes de las Logias.

Tan sólo los miembros de la Sociedad Teosófica tienen derecho á presenciar esta ceremonia. Si se quiere puede perfumarse la sala con incienso y flores frescas, y á la ceremonia puede preceder una música suave y tranquila.

Los miembros allí reunidos guardarán silencio durante cinco minutos meditando: *a)* sobre la Unidad de la Sociedad y la Logia; *b)* sobre el servicio á los Maestros y á la Humanidad. El cambio de un objeto á otro de la meditación se avisará por un golpe dado por el oficial oficiante.

A la meditación seguirán lecturas de las sagradas escrituras del mundo, escritos teosóficos, etc., ó un relato de las vidas de los Fundadores y Directores de la Sociedad. Los libros que á continuación se citan pueden servir para este objeto: *El Bhagavad*

(1) Esta fórmula de ceremonia ha sido aprobada en principio por el Presidente de la Sociedad Teosófica para que se use en Inglaterra y el país de Gales.

Gîtâ, *La Luz de Asia*, *La Voz del Silencio*, *La Luz en el Sendero*, *A los pies del Maestro*, *El Sendero de los Maestros de Sabiduría*, *La Clave de la Teosofía*, *La vida interna*, las últimas páginas del discurso pronunciado por Mrs. Besant en Londres de 1907, titulado *La Teosofía y la Sociedad Teosófica*, y *El lado oculto de las reuniones de las Logias*, por C. W. Leadbeater.

La presentación. El Candidato se sitúa de pie delante del Oficiante. A cada lado de él y preparados para leer, se colocan los Padrinos que han firmado su solicitud de ingreso (á falta de éstos, los dos miembros que le han llevado á la Logia, ó dos representantes debidamente autorizados). El Oficiante lee en alta voz la solicitud y entonces los Padrinos toman asiento.

Alocución. El Oficiante: En aquellos primeros días de nuestra Sociedad, el Coronel Olcott, que era nuestro Presidente fundador, instituyó una breve ceremonia para la admisión de los individuos en esta Fraternidad. Este acto fué sugerido por los Maestros de Sabiduría que eran los reales y verdaderos fundadores de la Sociedad Teosófica. Era su deseo que la admisión de miembros constituyera una verdadera iniciación con el objeto de ayudarlos á dar paso tan importante. En la India se ha concedido siempre cierta importancia á esta ceremonia, mientras que en el Occidente fué cayendo en desuso hasta que virtualmente desapareció. Hace muy poco se ha puesto otra vez en vigor en esta comarca, para que podamos gozar de las indudables ventajas que tal ceremonia ofrece.

Aun cuando llamamos á esta fórmula una iniciación, no debe confundirse con las Grandes Iniciaciones del Sendero de Santidad, para el cual éste es un primer paso. Sobre estas Grandes Iniciaciones y lo que significan, pueden encontrarse datos en la literatura teosófica.

Esta ceremonia de vuestra iniciación en la Sociedad Teosófica, puede considerarse en el mismo orden que las iniciaciones en los Misterios Menores de la antigüedad, ó aquellas de la verdadera Masonería. Todas éstas, denominadas algunas veces «iniciaciones menores», son representaciones de las Grandes Iniciaciones, y señalan un determinado grado alcanzado por el candidato en el curso de su evolución, cuando empieza á dirigir su atención más allá de las fantasmagóricas apariencias externas, y á buscar por medio del conocimiento las realidades internas. Han dicho nuestros Maestros que nadie entra en la Sociedad Teosófica sin que por sus servicios del pasado haya adquirido el derecho de hacerlo.

Los signos y palabras de paso. EL OFICIANTE: Cuando se fundó la Sociedad Teosófica se acarició el propósito de instituirla sobre las bases de la Masonería y los arcanos de las Escuelas de la antigüedad. Debía ser una fraternidad esotérica, juramentada para el estudio de la verdad oculta y su difusión; pero los acontecimientos hicieron que se la diera una organización más exotérica, puesto que la misión de la Sociedad consistía en restaurar las enseñanzas del Ocultismo para su *público* conocimiento y apreciación, y estaba la Sociedad destinada á desarrollarse como una corporación pública, extendiéndose por todo el mundo y proclamar el ideal de la fraternidad universal; pero, sin embargo de esto, se conservaron ciertas características esotéricas, y entre ellas el uso de determinados toques, signos y palabras de paso, por medio de los cuales pueden reconocerse secretamente los miembros de la Sociedad. Hoy que se trata públicamente de Ocultismo sin aquel gran respeto que antiguamente, ha pasado la imperiosa necesidad de los signos para reconocerse secretamente; pero los conservamos teniendo en cuenta su interesante y simbólico significado y su valor, para probar á nuestros miembros que somos una fraternidad puesta al servicio de la humanidad; y también los estimamos como un lazo que nos une directamente con los honorables fundadores de nuestra Sociedad.

(Se comunican al recipiendario los signos y palabras de paso, así como su significado.)

El Diploma. Se ponen de pie todos los miembros y se coloca el Diploma en las manos del nuevo miembro, dirigiéndole las siguientes palabras:

«Os entrego este Diploma el cual acredita vuestro ingreso en nuestras filas, y que os dispensa la buena acogida y protección de nuestra Sociedad. Que encontréis aquí la verdadera iluminación y paz interior, y ya que entráis en el estudio de la Sagrada Ciencia, que ésta os revele el poder del espíritu y os fortalezca en la vida consagrada para el servicio de la humanidad.»

Alocución al Presidente de la S. T. para la admisión de miembros. (Esta alocución será leída por el Oficiante ó por alguien designado por él.)

EL OFICIANTE: Ha terminado la ceremonia de vuestra iniciación, y espero que los nobles ideales que os han sido presentados, queden indeleblemente en vuestra memoria y encuentren adecuada expresión en vuestra vida cual corresponde á un teosofista.

SISTEMATIZACIÓN DE TÉRMINOS TEOSÓFICOS

En la página 372 del volumen II del libro titulado *The Inner Life*, leemos la siguiente nota:

«Ha decidido nuestra Presidenta procurar, siempre que sea posible, sustituir los términos sánscritos que llenan nuestra literatura, por palabras inglesas; por lo tanto, desde hoy en adelante, usaré—dice Mr. C. W. Leadbeater—las palabras «razón pura» en lugar de «buddhi», y «plano racional» en vez de «plano búddhico».

Desde la publicación de ese libro, nuestra Presidenta ha revisado y completado su sistema, y ha decidido usar en lo futuro los siguientes términos. Los consignamos aquí para utilidad de los estudiantes de Teosofía, y los pueden ver ya empleados en los libros que recientemente han visto la luz, tales como *Man, Whence, How, Whither*, y también en las obras de Mr. Leadbeater, tituladas *Textbook of Theosophy* y *The Hidden Side of Things*.

TÉRMINOS ANTIGUOS	NUEVOS TÉRMINOS
Plano físico.	Mundo físico.
Plano astral.	Mundo astral ó emocional.
Plano mental.	Mundo mental.
Plano búddhico.	Mundo de la intuición.
Plano nirvánico ó átmico.	Mundo espiritual.
Plano Anupâdaka.	Mundo monádico.
Plano Adi.	Mundo divino.
Atmâ.	Espíritu.
Buddhi.	Intuición.
Manas.	Intelecto.
Nivel arupa.	Mundo mental superior.
Nivel rupa.	Mundo mental inferior.

(De *Adyar Bulletin*).

Notas, Recortes y Noticias.

Colonia Vegetariana. Hemos recibido una circular y reglamento para la creación en Barcelona de una Sociedad titulada Colonia Vegetariana. Los objetos de esta agrupación son los siguientes: Reunir fondos, establecer jardines, sanatorios, bibliotecas, teatro, deportes, escuelas, etc., etc., para uso común de los socios.

Cuantos deseen adherirse á tan simpática idea ó pedir datos, pueden dirigirse á la Pensión Vegetariana, Rambla de las Flores, número 15, principal, Barcelona.

Pro libertad de vacunación. En la ciudad de Montevideo se ha creado una «Liga Latino-Americana Pro Libertad de Vacunación».

Del Acta constitutiva que tenemos á la vista, copiamos el artículo 3.°, que dice:

«El objeto fundamental de la Liga es trabajar por todos los medios lícitos y conducentes para conseguir que los Poderes públicos se desentiendan completamente de la vacunación, dejándola librada al juicio de los señores médicos y sus clientes.»

Un párrafo de la circular publicada por la Liga dice así:

«Pretendemos que, sin perjuicio de que cada particular pueda vacunarse si así le place, y que cada médico pueda servirse de ese método si le tiene fe, siempre que se lo pidan sus clientes, el Estado deje de intervenir en la vacunación, como no sea para castigar los abusos en que se incurra y los daños que con ella se ocasionen, con arreglo á los Códigos Penales y á igual título que otros daños y abusos cualesquiera.»

El Comité central de la Liga reside en Montevideo (Uruguay), calle Cerro Largo, número 285.

Inscripción prehistórica encontrada en la República dominicana. El Sr. Cristino Durán, que estaba pintando en mi casa, al ver muchos objetos indígenas que yo conservo, me dijo:

—Doctor, le voy á traer una piedra con unos dibujos que encontré en el río Camú un día que estaba pescando en él.

Y me trajo y regaló la piedra, cuya fotografía acompaña á esta carta.

Esta piedra, que es á manera de pizarra, y que parece desprendida de otra mayor, mide siete centímetros y medio de largo por cuatro y medio en su parte más ancha, teniendo un centímetro de grueso y pesando cincuenta gramos.

Tiene unos doce caracteres, que unos miden doce y otros cinco milímetros de largo.

Estos caracteres están grabados á buril y rellenos de una pasta blanca.

En cuanto tuve la piedra en mi poder, la llevé á unos israelitas ilustrados que hay en la Vega, los que me dijeron que eran caracteres hebraicos.

Después la enseñé á unos árabes, personas entendidas, y me dijeron que los caracteres eran sirios, pero de época muy remota, de una generación ó pueblo extinguido; que la piedra tenía grabado el nombre patronímico ó propio de una familia, y que sólo podían descifrar dos letras ó frases: «Señor Huet».

Entonces vine á mi casa y abrí varios libros orientalistas que tengo, hasta que, por fin, encontré en la obra «*Syrie Centrale, Inscriptions Sémitiques*», *publieés par Le Cte. de Vogüe*. París 1868-1877, plancha 12, objetos de tierra cocida, encontrados en las minas de Palmira, que tienen los mismos caracteres.

El autor hace proceder estos objetos del siglo II de la era cristiana.

Aunque todos los alfabetos, y más los orientales primitivos, tienen letras afines, las letras que tiene la piedra encontrada en el río Camú por Cristino Durán corresponden mejor con las del fragmento de la lápida sepulcral del judío Samuer Bar Salomó, en Calatayud (1).

En cuanto á la manera de ser hechas estas inscripciones, es la misma de los fragmentos de tierra cocida encontrados en la gruta de Pradier, en la Comune de Remoulins, al sudoeste de Francia (2).



«Estos fragmentos de cerámica aneolítica incrustada con polvos blancos», estudiada por M. Chauret, pertenecen á la edad de bronce; se encuentran en todos los países que están alrededor del mar Mediterráneo, y provienen de la Siria, que es la cuna de la cerámica.

Según este señor, los dibujos están rellenos de una pasta blanca, compuesta de un carbonato de cal y una grasa (3).

Y como la procedencia, época y factura de las inscripciones de esta piedra coinciden perfectamente bien con la procedencia, época y factura de las infinitas inscripciones estudiadas por mí en las rocas de esta

(1) *Historia de los Judíos*, por James K. Hosmer. Madrid, 1893.

(2) *La Revue Prehistorique.—Annales de Palethnologie*. Noviembre, 1908.

(3) Cuando me trageron esta piedra, estaba muy sucia de lodo: tuve que lavarla con jabón, agua y cepillo, y al desprenderse un fragmento pequeño de los que llenan el grabado de las letras, parecia hecho como de masilla.

república, yo vengo á la conclusión de que la piedra encontrada por Cristino Durán en el río Camú tiene inscripciones Asirias que datan de dos mil años antes de la era cristiana, y que son una de las tantas pruebas de que en las contiendas asirio-caldeas los vencidos se refugiaban en el continente americano (1).

Junto con la piedra, conservo un Acta levantada por el Notario don Isidro Vázquez, en la cual se especifica cómo fué encontrada y cómo vino á mis manos.

Narciso ALBERTI

(De *La Discusión*, de la Habana.)

NOTA. Habiendo llegado tarde á nuestro poder las pruebas corregidas del artículo *Rasgaduras en el Velo del Tiempo*, en el número de Febrero reanudaremos la publicación de tan interesante escrito con las vidas de Mizar.

La Dirección.



Residencia de la S. T. en Adyar (Madrás).

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Rama Fraternidad. Sevilla. El Presidente de esta Rama, para subsanar en parte el no haber podido redactar la oportuna Memoria, por ausencia de su Secretario, nos remite la siguiente Nota:

«Empezó la Rama Fraternidad, de Sevilla, fundada el 17 de Marzo de 1911, á trabajar ordenadamente, pues hasta entonces se concretaron las reuniones del grupo á la lectura de algún artículo aparecido en *Antahkarana* ó en SOPHIA y á conversar sobre asuntos teosóficos.

»A partir del 17 de Marzo, se procedió, ya en las sesiones, á leer con regularidad algunos libros, empezando por *Hacia el Templo*, de Mme. Besant, seguido de un capítulo del *Bhagavad-Gîtâ*. Luego se leyó

(1) *Les Monuments Mégalithiques de l'Amerique et leurs Sculptures Lapidaires*, par le Dr. Zambaco Pacha.

Les Pheniciens à l'ile d'Haiti et sur le continent americain, par le Vicomte Onffroz de Thoron. Louvain, 1889.

el libro del Dr. Pascal, *Ensayo sobre la Evolución Humana*, seguido también del *Bhagavad-Gîtâ*.

»Asimismo, se han intercalado en estas lecturas algunos trabajos enviados por los Sres. D. Andrés Crespo y D. José del Castillo y Pez, miembros de la Rama, artículos publicados en SOPHIA y otras revistas teosóficas, y finalmente las diversas conferencias de nuestro ilustre Presidente Mme. Annie Besant.»

José FERNÁNDEZ PINTADO

Sevilla, 27 Noviembre 1911.

Nuevos libros en español. Con el propósito de que nuestros amigos no se tomen trabajo inútil, traduciendo una obra que ya lo esté, participamos á todos que se ha dado principio á la versión española de los libros siguientes:

El lado oculto de las cosas, por C. W. Leadbeater, está traduciéndose por D. Jose Xifré.

Dharma, de A. Besant, se traduce por D. Joaquín Gadea.

Rogamos á todos los obreros teosóficos nos comuniquen las traducciones que tengan entre manos, para dar cuenta de ellas en este sitio.

Sociedad Teosófica. Sección belga. Ha sido nombrado Secretario general de la Sección belga de la Sociedad Teosófica Mr. Jean Delville. La oficina de esta Sección queda establecida provisionalmente en Bruselas, Chaussée d'Ixelles, número 58.

Nuevas Logias.

LOCALIDAD	NOMBRE	Fecha de la carta.
Talcahuano (Chile)	Logia H. P. Blavatsky	21-7-911
Hawera (Nueva Zelandia)	Hawera Lodge	1-8-911
Mendoza (Argentina)	Logia Lob Nor de Mendoza	21-8-911
Nasik (Presidencia de Bombay)	Sri Ramchandra Lodge	6-9-911
Nawabganj (Cawnpore)	Maitreya Lodge	21-9-911
Lillehammer (Noruega)	Lillehammer Lodge	27-9-911
Karuvalakarai (Tanjore)	Kamakshi Lodge	29-9-911
Nager Koil	Kumari Lodge	24-10-911
Sangli (S. M. Country)	Sangli Lodge	30-10-911

Logia disuelta.

Missouri (Estados Unidos) . . . . Joplin Lodge.

J. R. Aria.
Secretario Archivero S. T.

Adyar, 7 Noviembre 1911

A los cincuenta y seis años de edad, después de una larga y penosísima dolencia, nuestro muy querido hermano, D. Francisco Barés y Hermans, abandonó—el día 6 de Noviembre próximo pasado—la miseria física de su vehículo terrestre; desempeñaba á la sazón el cargo de Secretario de la Rama de Barcelona.

Se entregó á la *Gran Ley alquímica*, como se entregan los que tuvieron la dicha de amar y vivir la Teosofía: abierta el alma al culto Supremo de la Verdad y de la Justicia, sintiendo por ellas una viva y ferviente devoción. Así es que toda oquedad espiritual—bajo cualquiera de sus múltiples formas—era para él profundamente odiosa y repugnante. ¿Por qué? Porque en lo más recóndito de su corazón se abrigaba el alma ingenua y bondadosa de un niño. Por ello mismo, su abnegación por la causa que sustentamos—como Senda de Libertad espiritual—le llevaba en ocasiones á sentirse penetrado del fervor del apóstol. Y—á despecho de la cruel dolencia que lentamente le conducía al término de su vivir mortal—supo permanecer en el puesto de honor que sus hermanos le habían designado, hasta los últimos días de su vida terrena, sirviéndole con devota lealtad.

¡Séale dulce el paso á los nuevos y más elevados niveles de actividad y de vida; á ese más allá, para tantísimos negro y temeroso, para tan pocos ¡ay! digno de ser esperado con la tranquila placidez que dispone las almas para el suave tránsito á una nueva fase de su eternidad! ¡Que nuestro afecto fraternal siembre de flores su Camino de Luz! ¡Que su recuerdo viva entre nosotros como un aroma inextinguible! ¿Uno menos? ¡No, uno más!

J. P. D.

BIBLIOGRAFÍA

Víctor Melcior y Farré.—*La delincuencia en los niños.* Causas y remedios. Obra premiada por la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción.

Caracterízanse los libros, y son muchos, del Dr. Melcior y Farré en que su asunto es siempre el estudio de un mal individual ó social, y en que al exponer el remedio deducido de su profundo conocimiento, se inspira en el más puro amor á los desgraciados.

Muchas son las obras que se han publicado en estos últimos años en el extranjero, y aun en nuestra misma patria, relativas á la criminalidad (?) infantil, pero dudamos que haya alguna tan completa, tan metódica y expuesta

con tal claridad y sencillez como la presente. Verdad es que su autor, con la vasta erudición que de las llagas sociales posee, con paciencia benedictina en el estudio de cuanto se publica y con su perspicaz observación directa en la calle, en la casa, en el hospital, en el asilo, en la cárcel, en el taller y en la escuela, atesora todos los datos necesarios para el conocimiento de los orígenes del mal en todos sus aspectos y le capacitan para hallar los verdaderos remedios.

Así lo ha comprendido la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción, al otorgar á esta obra su premio (1) en público concurso, interesando grandemente su adquisición á todo centro docente, corporación, asilo, fábrica y al particular que directa ó indirectamente intervenga en la educación de la infancia, en la que está cifrado el porvenir de la Humanidad.

Omitimos todo otro encomio de este libro, ya que los lectores de Sophia lo apreciarán en las pocas páginas que del mismo publicará en un próximo número.

E. G. G.

POR LAS REVISTAS

«Boletín de Adyar» (Noviembre 1911). *Notas del Cuartel general.*

Breve reseña de la teosofía, conferencia dada en Inglaterra el 6 de Julio de 1911 por Annie Besant. Esta conferencia será publicada en forma de folleto, y versando toda ella sobre los puntos más esenciales de la enseñanza, no contiene nada que no sea ya conocido por los lectores de Sophia, á no ser la especial claridad con que expresa el sentido de dicha enseñanza. Júzguese por los siguiente párrafos: «Los agnósticos del siglo pasado fundaron su negativa en el aserto de que el hombre no puede conocer á Dios por carecer de facultades que puedan proporcionarle semejante conocimiento. La Teosofía se coloca en la posición contraria y declara que el hombre, por naturaleza propia, es capaz del conocimiento directo de Dios, y que siendo espíritu puede conocer el Espíritu Universal de donde procede. Por cuanto que él es un ser espiritual, lleva en sí facultades para la adquisición del conocimiento de lo espiritual. Luego el hombre, como Espíritu, puede conocer el Espíritu Universal, siendo capaz de corresponder á las impresiones que proceden de dicho Espíritu, y correspondiéndole, conocerlo. Y es esta la propia esencia de la idea teosófica, esta noción del hombre como Espíritu, retenido sí, en envolturas materiales, pero en el

(1) Por otras obras análogas el Dr. Melcior ha obtenido numerosos premios: medalla de oro y académico correspondiente de la Real de Medicina de Madrid, de la de Barcelona, etc., etc.

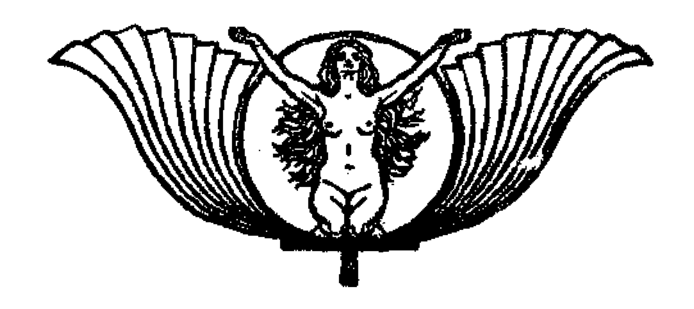
fondo un ser espiritual y, por lo tanto, capaz de contacto inmediato con las grandes realidades espirituales. La Teosofía, al calificar la naturaleza humana como tal, es en verdad y por esencia religiosa.» — «La expresión que más corre en boca de los que desean un mejoramiento social, es la de igualdad de oportunidades ó igualdad en la ocasión que de sí parece caprichosa. Ellos admiten que los hombres no son iguales en facultades, pero cuanto menos, según dicen, debiéramos darle igualdad de ocasión. La contestación natural que dé una persona pensadora será la siguiente: La igualdad de ocasión es lo de menos, pues lo que importa es la igualdad do capacidad para aprovecharse de la ocasión cuando se presenta. Ocasiones se presentan á todos en abundancia, pero el poder de cogerlas, de aprovecharlas, de encauzarlas hacia un fin realmente útil y beneficioso, ese no es igual, y cuanto se hiciera, aun proporcionando ocasiones iguales, no podría jamás destruir la diferencia radical entre el hombre que carece de capacidad para asir la oportunidad, y el hombre que no sólo la puede asir, sino determinarla cuando de por sí no se presenta. Tal es el nudo de este gran problema, al que sólo la doctrina de la reencarnación puede dar una explicación racional.» — «Una virtud no es nada más que una emoción buena convertida en razón, hecha permanente y universal. Pensadlo un momento y ved si no es así. Cuando amáis á una persona, procuráis favorecerla, sacrificaréis vuestro propio placer para ayudarla, continuamente buscaréis ocasiones de servirla. Pero si se trata de una persona á la que no amáis, muy otra será vuestra actitud: no buscáis ocasión de servirla, no estáis dispuestos á desprenderos en su favor, permaneceréis indiferentes, porque allí falta el amor. Pero ¿qué será si trocáis la emoción de amor por la virtud de benevolencia? ¿Si, en lugar de ceñirla á la persona que amáis, la hacéis universal para con todos los que os rodean? Si en vez de ser el amor esa emoción transitoria viene á ser la modalidad permanente de vuestra mente frente al mundo exterior, entonces la emoción de amor se ha permutado en la virtud de benevolencia, se convierte en universal, se hace permanente, y habéis construído una parte definida de vuestro carácter, en lugar de haber sido agitados por la emoción transitoria de amor. Por este hecho de que todas las virtudes tienen su raíz en el amor, hecho racional, permanente y universal, se encuentra escrita esta declaración de verdad en la enseñanza del Apóstol: *Amor es el cumplimiento de la ley.*»

Todo crimen sale á luz, historia verdadera, por Elisabeth Severs. Completado por la imaginación, se reconstruye la historia de un crimen no descubierto á su tiempo, y á consecuencia del cual, una casa en el lugar del drama resultó frecuentada por sus actores; una persona dotada de visión astral pudo comunicar con dichas entidades, descubriendo así las causas del disturbio y consiguiendo alejarlas.

J. F.

«The Theosophist», Adyar. (Diciembre, 1911.) Sumario de este número: *Un estudio sobre karma*, A. Besant; *Irlandia y la India*, Margaret E. Cousin; *Piano y Forte*, poema de Margarite Pollar; *Un libro de texto de Teosofía*, C. W. Leadbeater; *¡El Absoluto debe desaparecer!*, por E. D. Fawett; *Karma y herencia*, por Louse Appel; *El Cuartel general de Londres; Sijismo, una religión universal*, por Rup Singh, etcétera, etc.

Nota.— Nuestro propósito de dar cabida á importantes trabajos que tenemos en cartera, nos limita el espacio que dedicábamos á dar cuenta de las revistas que nos honran con el cambio. Por este motivo, sólo trataremos aquí de aquellas revistas genuinamente teosóficas que contengan trabajos notables no redactados en español, pues los que aparezcan en este idioma, creemos son ya conocidos por nuestros lectores. También nos vemos obligados á limitar el cambio con las revistas afines á los estudios teosóficos, pues nuestra tirada es muy limitada y no contamos con recursos suficientes para ampliarla. Agradeceremos la visita de todas las revistas que se nos remitan, pues pasan directamente á la sala de lectura de la Rama de Madrid.



Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.